

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 3 de *la Moda*.

1870. — Tomo XXXV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 890.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

Nuevas adquisiciones del Jardín de Plantas de París; grabado. — Crítica literaria. — La fiesta de Reyes en Madrid;

grabado. — El nuevo camino del Schyn Pass; grabado. — Revista de París. — Poesía. — El drama de Auteuil; grabado. — Cuento de Edgardo Poe. — Maravillas de la arquitectura in-

dia; grabados. — La casa de Cardona, por Victor Balaguer. — Problemas de ajedrez; grabado. — El Nuevo París: Fachada del Conservatorio de Artes y Oficios; grabado.



NUEVAS ADQUISICIONES DEL JARDIN DE PLANTAS DE PARIS. — Leon regalado por S. M. el rey de Italia.

Nuevas adquisiciones

DEL JARDIN DE PLANTAS DE PARIS.

Leon regalado por S. M. el rey de Italia.

En este momento hay en el Jardin de Plantas de Paris dos parejas de leones que merecen verse. La una de ellas está representada en este dibujo. El leon es un verdadero leon del Atlas, con su melena, su aspecto bello y majestuoso. Es un cambio que se ha hecho con el rey Victor Manuel el 21 de setiembre de 1867. A pocos dias de recibido le daban por compañera la leona que tiene al lado, la mas hermosa que puede imaginarse y que está en Paris desde 1865. No parece de carácter benigno, y á todo el que la ve se le ocurre que no quisiera encontrarse con ella á solas en algun desierto.

La otra pareja es de fecha mas reciente, pues llegó á Paris el 17 de octubre de 1869. Tambien fué otro cambio con el rey de Italia. El leon carece de melena propiamente dicha; es un leon de Egipto, menos poderoso y temible que el que se ve en nuestro grabado. La leona es muy pequeña, aunque ya no es jóven.

A propósito de las nuevas adquisiciones del Jardin de Plantas, diremos que tambien son dignos de verse dos monos cínopitecos, ó mono de rabo corto, cuyo tipo es el cinocéfaló macaco. Ambos han sido enviados de las islas Célebes por M. Riedel, residente holandés en Gorontalo.

Tambien citaremos dos nacimientos en 1859; el primero es el de un casoar de Nueva Holanda, que por ahora disfruta de la mejor salud, y el otro nacimiento es mas curioso, casi podriamos decir que tiene toda la importancia de un acontecimiento. Se trata de un mestizo hembra nacido de una yegua y de un *hemione* (especie de caballo), producto de un primer cruzamiento, el único que hasta aquí haya tenido lugar entre estas dos especies.

Para concluir añadiremos que se está esperando en el Jardin de Plantas la llegada de un tigre real, enviado de Cochinchina por el gobernador, el almirante Ohier.

C. P.

Crítica literaria.

«LUPO LIVERANI,» DRAMA DE JORGE SAND.—«EL CONDENADO POR DESCONFIADO,» DRAMA DE TIRSO DE MOLINA.

Encontráronse dias há dos sócios del Ateneo en su biblioteca y hablaron de esta manera:

— ¿Ha visto Vd. el último número de la *Revista de Ambos Mundos*?

— No; ¿qué trae?

— Un drama de Jorge Sand sobre el pensamiento de Tirso de Molina en su *Condenado por desconfiado*.

— ¡Hola! ¿si con la vejez irá tomando miedo al infierno?

Es efectivamente Jorge Sand de aquellos escritores franceses que al renacer las letras contemporáneas se emplearon con mas brio y mayor caudal de ingenio en proclamar la soberana independencia del pensamiento, adoptando y defendiendo la de costumbres como su lógica consecuencia y aplicacion práctica. Mostraba en sus obras juvenil pujanza, imaginacion rica, nervio y sávia; leia dentro del pecho humano, y descifraba ciertos misterios del alma; era hábil panegirista, y con frecuentes y diestras pinturas de la naturaleza íntima y la naturaleza externa, templaba la sequedad y tristeza de su doctrina, endulzaba su amargura y compensaba su horror.

Los pocos años llevan en sí disculpa de muchos extravíos; su verbo audaz, su ingenuo desenfado, fantasía pródiga y lozano estilo, cautivan la atencion del lector, halagan su gusto, amansan su austeridad y embotan sus justificadas iras. Pero los pocos años llegan á muchos; corre la vida llevándose hojas y hojas del alma, apagando la fantasía, encalleciendo el corazon; ya no ocurren á la pluma sus antiguas y seductoras galas; condénalas como viciosas la razon acrisolada, las desdeña por vanas la grave experiencia; parece mezquina y poca mision del escritor esta de recrear el ánimo, entretener ocios, fomentar los apacibles sentimientos comunes de la existencia; busca mas altos y trascendentales fines, despójase voluntariamente de las bellezas frívolas que le dejó el tiempo voraz, y conserva descarnado, seco, indiferente su sistema, su filosofía, limitada y pobre cuando se reduce á los términos accesibles á la demostracion humana, desabrida y glacial cuando á expensas del centro ardiente, irreflexivo y generoso de la vida pretende ser maestra y reguladora de la vida. Son cosas diversas ciencia y arte, y puesto este á usurpar atribuciones de aquella, se desnaturaliza y pierde sus condiciones propias.

Tal pasa con Jorge Sand. Varonil y arrogante ingenio, cautivador de voluntades cuando el latido ardiente de su sangre, sobrepuesto á los glaciales propósitos de su incredulidad, derramaba sobre ellos y vestía su enjuta desnudez con apasionados destellos, con toques de luz, con rasgos tomados de esta vida de dolor, angustias y

esperanzas, comun á todos, sin distincion de inteligencia ó doctrina, y apta por tanto á interesar y mover. Y cuando olvidándose por completo de su lastimado y soñado papel de apóstol de la incredulidad dejábase llevar de su vocacion ingenua y originaria de poeta, víosele con mano segura é inspiracion generosa herir las fibras mas hondas y delicadas del alma. Pintó la vida del campo, y sus libros manaron suave aroma de flores campesinas, la sencillez del idilio, el instinto de la oracion y del cariño, el plácido ambiente de la familia, el drama sereno de las pasiones encauzadas por amenos é incontrastables orillas, sanas costumbres y añejas creencias, los misterios del corazon, sus desgracias y sus aventuras.

Sus criaturas eran criaturas humanas, hombres y mujeres semejantes en voz y en rostro, en actos y palabras, quizás tambien en sucesos y fortuna al lector ó lectora que solazaba sus ocios con semejante lectura.

¡Cuán distintos de otras, engendradas por el falso númen de invencion soñada ó fingida, que, faltos del soberano hábito de la vida, aparecen como excepcion de raza, como convencional, argumento ó prueba de teoría determinada; monstruo, error ó capricho de naturaleza, asombroso, extraño, original, mas á cuya conservacion no acude el suave y profundo calor de la simpatía, prenda necesaria de vitalidad y duracion, así para los hijos del ingenio, como para los de la sangre!

Agostada su rica flor de poesía, castigado el corazon por la experiencia, privado el entendimiento de aquella fe potente, siempre viva, que lo fecunda y reverdece, haciendo retoñar constantemente la tierra que el filo de los años constantemente siega y desnuda, muerto el poeta, quedó el pensador incrédulo, enemigo mental é irreconciliable del creyente, como lo es el enfermo del sano, cuya salud envidia, el deforme de la hermosura, cuyo aplauso le entristece; y ya en sus obras dirigidas á matar ilusiones, la ilusion no aparece en sus libros, encaminados á maltraer prácticas religiosas, elevadas á la dignidad de sacramento, consolacion y fortaleza de los que las siguen y observan; faltan riqueza y gala: pobre la intencion, empobrece la opulenta vena; siéntense los medios que el demoleador emplea de la miseria y estrechez de su causa.

El contraste con Tirso de Molina es perfecto.

Pertenecía el insigne mercenario á una raza castiza y pura, heredera de glorias que continuaba en la sublime esfera del pensamiento, poniendo en su inteligencia y su pluma aquel esfuerzo y robustez que sus mayores lucieron en el corazon y la espada. Era de los españoles que, dóciles á la voz imperiosa de la naturaleza, gastada su juventud briosa en aulas y campamentos, entraban en la virilidad, no ilesos del vicio y la licencia, pero acudados de experiencia ó de escarmiento, firmes en la fe, seguros de su Dios, de aquel Dios desobedecido alguna vez, mal servido otras, pero nunca desconocido ni renegado.

Cedian á la omnipotente pasion, probaban de todos los deleites, desfallecian en la virtud, pecaban, delinquían, corrían los duros vendabales de la vida, pero al cabo de los años tempestuosos y lamentables, asíanse de aquella reliquia del materno cariño y de la pristina pureza, hondamente clavada, escondida en lo mas recóndito del pecho, y vueltos á Dios, en penitencia, en estudio, en servicio del rey y de la patria, en cuidados de la familia, austera y devotamente criada, pagaban su deuda y el obligado tributo que la sociedad y el Estado imponen á todo hombre de bien.

Triunfos ó reveses, desengaños ó lisonjas de la fortuna, coronas ó azotes, los azares y sucesos mas inesperados y varios nunca fueron poderosos á desarraigar ó extinguir el sentimiento religioso, y así eran tipos naturales, fáciles á la comprension del auditorio, el Franco de Sena, fervoroso de la Virgen del Cármen, en medio de criminales disipaciones, el Eusebio de Calderon, devoto humilde de la Cruz en su existencia bandolera, y así todavía una de las razas mas nobles de nuestro noble pueblo, de ardiente sangre y voluntad invencible, terrible en su cólera, violenta en sus hechos, espantosa en sus arrebatos, se calma y humilla, y trueca en bendiciones sus blasfemias y en lloro sus amenazas, oyendo el nombre de su santa patrona y madre, Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza.

Ingenios nutridos de tan diversos elementos, criados en tan opuesta atmósfera, han de disentir forzosamente en la manera de comprender un asunto y desenvolverle en un drama ó en un libro. Ya el español lleva al francés la indisputable primacía de la concepcion primera, de la eleccion, puesto que el asunto no sea creacion suya, sino hallazgo tenido en los ejemplarios ó devotos centones de que el monge haria leccion cotidiana. Pero el francés, que siente y discurre por distinto modo, no se da por satisfecho con la clara exposicion del mercenario, y le supone fines ocultos, relicencias, propósitos que le acerquen mas á su propia opinion, reconociendo de esta manera tácita é indirecta cuanto le importa semejarse en agudeza, disimulo é intencion oculta á su predecesor.

«Tirso, dice en su prólogo, es un Shakespeare español, y su drama una de las grandes concepciones del arte, apenas conocida, difícilísima de traducir á causa de su misterio y de plegarse á interpretaciones diversas, á semejanza de *Hamlet*...» y despues de haber escrito en otra parte que «en tal tiempo, corazon y entendimiento tomaron á menudo el manto de asuntos religiosos para disfrazar su osadía, siendo toleradas sus obras merced á no haber sido comprendidas,» expone el pensamiento, cual su espíritu lo entiende, en estos términos: «La vida del anacoreta es egoísta y cobarde,

el hombre que cree purificarse por medio de la mutilacion moral es un necio que alimenta insensateces, y á quien la constante contemplacion del infierno convierte en fiera; inútil es que sueñe con deleitosos paraísos, condenado á vivir dañosa existencia, llega envilecido al sepulcro.»

Ni si havit, ni si bas, simple enfant de la terre, podemos contestarle como su compatriota Lamartine al escéptico Byron. La dramática de Shakespeare, vasta como el universo, abraza y comprende la humanidad entera representada en sus deformidades y encantos, en sus virtudes y vicios, en el trono y en el sulco, en la plaza y en la celda, en todo paraje, condicion, estado y casta.

Mas limitado Tirso, sagaz observador ó certero adivino de las pasiones, flaquezas, movimientos y lenguajes propios de ciertos caracteres, los pinta con verdad pasmosa; crudo en la sátira, profundo en la intencion, felicísimo en el donaire, soberano en el diálogo, rivaliza entonces con aquel genio incomparable, mas no le sigue en su variedad infinita, ni posee aquella facultad de extension con que la vena del inglés, sin desmayar ni entibiarse, con sosegado vigor, comprendia y trataba la política de la antigua Roma como la sensualidad normanda, la tradicion escandinava como el mito germánico, el mundo positivo como el mundo ideal, la vision como la historia.

En España y en aquel tiempo el ascetismo, si no gobernaba las costumbres, era por lo menos poderoso y activo sobre los espíritus, merced al glorioso influjo de inspirados y ejemplares escritores, y ¡cosa singular! el poeta mas suelto de palabra, mas libre de concepto, era acaso el que mejor caudal de su ingenio y de su vida gastó en asuntos religiosos. Tirso tomó para su teatro la tradicion única de Tenorio.

Aquellos poetas católicos, al meditar y escribir de lo sobrenatural y fantástico, no soltaban su inspiracion ardiente por los espacios del mundo externo; concentrábanla dentro de sí, estudiaban el mundo interior y traducían fielmente y en formas apropiadas á la inteligencia y cultura de su auditorio el eterno diálogo entre el alma regida por intereses y apetitos y la voz augusta, callada á veces, jamás enmudecida de la conciencia, avisador perpétuo del bien, llámesela vocacion, escrúpulo ó remordimiento.

Pero el ascetismo practicado como regla de vida tiene escollos y riesgos de los que conviene precaver á los corazones fogosos, fáciles de seducir por una impresion engañosa y pasajera, creida irrevocable y firme determinacion. La vida á solas pide harta mayor fortaleza que la vida en familia ó en sociedad, y la contemplacion constante es abismo que desvanece y precipita al ánimo, si no viste serenidad robusta.

La soberbia que á menudo se quiebra ó se doma con el choque repetido de los cotidianos atanes y relaciones sociales, se esponja y crece y prospera, señora sola y cuando para ser combatida no encuentra contrario fuera de la voluntad misma de donde nace y se fomenta y nutre. Que la docilidad al soberbio instinto y el orgullo de creerse superior á la fe, capaz de penetrar y explicarse lo que ella manda crear, esterilizan los frutos de la oracion y penitencia, al paso que la humildad sincera, la contriccion perfecta pueden purificar y lavar las mayores torpezas, tal es el pensamiento de Tirso en su drama *El Condenado por desconfiado*.

Solitario y penitente vive Paulo, alabando á Dios, presumiendo las celestes magnificencias, de las glorias que la naturaleza despliega á sus ojos, serena introduccion rica de lirismo que prepara el mas vigoroso contraste con las trágicas escenas que han de seguirse. La insuficiencia de los medios puestos para asegurar su salvacion aqueja al ermitaño, la incertidumbre de su porvenir le desasosiega, fáltale la confianza, busca y desea misteriosas revelaciones, y en tal hora de flaqueza el espíritu malo le sorprende con falsa vision, le dice que hay otro hombre cuya suerte ha de correr parejas con la suya, que uno mismo ha de ser el fin de entrambos, que le busque y siga si pretende saber lo que al cabo le espera.

Y Paulo obedece y deserta del yermo y corre á la ciudad vecina, Nápoles, y en sus puertas halla el que buscaba, á Eurico, desalmada criatura, de ínfima ralea, perdida de vicios, que arruinado por el juego, vivió de los infames gajes de una cortesana. Y en tal de imaginar que á la omnipotente misericordia de Dios nada hay vedado y que las fuentes de su gracia limpian lo mas inmundado, ocurresele que el fin de Eurico, pago de semejante vida, y el suyo propio por tanto ha de ser la condenacion eterna; y blasfema de Dios tachándole de injusto, y desesperado resuelve imitar y aun exceder á Eurico en depravaciones, puesto que le ha de seguir en el castigo.

Aquel criminal, sin embargo, conserva dentro de su corazon una chispa de luz purísima é inextinguible, el amor filial, adora á su padre, en cuya presencia pone freno á su cólera, ataja sus malos instintos y parece purificarse de tantos horrores como le encenagan el alma; y la ternura de este afecto bendito ha de ser el camino por donde venga á llorar sus culpas y repararlas.

Metido Paulo en vias de perdicion, cebado en excesos, capitan famoso de salteadores, oye, sin embargo, la voz de su conciencia que le dice:

No desconfie ninguno
Aunque grande pecador,
De aquella misericordia
De que mas se precia Dios.

La gracia divina le acude presentándole á su ángel custodio bajo la apariencia de un pastoreillo que cuidadoso y triste busca una oveja descarriada, pero el pecador está ciego y sordo para cuanto no sea la prueba tangible, la manifestación corpórea de lo que anhela y busca. Apodérase de Eurico, y cree que si logra convertirle y mejorarle, torcerá el curso natural de los imaginados sucesos, y evitará el castigo, ¡mas con qué tibieza trabaja y predica el hombre cuando en tal intento no se ayuda mas que de sí propio y no hace cuenta de la gracia! Así son ineficaces sus recursos, y desesperado cuelga de nuevo el sayal con la fría resolución de quien conoce su mal y le acepta sin curarse de otros remedios posibles:

Dejad de cubrir, sayal,
Mi cuerpó, pues está mal
Segun siente el corazón
Una rica guarnición
Sobre tan falso cristal.

En mis torpezas resbalo
Y á la culebra me igualo;
Mas mi parecer condeno,
Porque yo desecho el bueno
Mas ella desecha el malo.

Mi adverso fin no resisto,
Pues mi desventura he visto,
Y da claro testimonio
El vestirme de demonio
Y el desnudarme de Cristo.

Colgad ese saco ahí
Para que diga ¡ay de mí!
« En tal puesto me colgó
Paulo, que no mereció
La gloria que encierro en mí. »

Dadme la daga y la espada,
Esa cruz podeis tomar;
Ya no hay esperanza en nada
Pues no me sé aprovechar
De aquella sangre sagrada.

Y tanto se aparta en su irritado despecho del amor y temor de Dios, cuanto se les acerca Eurico, preservado de la postrera caída por su filial ternura. En cuatro palabras pinta el poeta el diverso estado de una y otra alma. (Habla Paulo.)

Yo soy Paulo, un ermitaño
Que dejé mi amada patria
De poco mas de quince años,
Y en esta oscura montaña
Otros diez serví al Señor.

EURICO.

¡Qué ventura!

PAULO.

¡Qué desgracia!

Eurico en prisiones, cautivo de la justicia humana, y condenado á muerte, prueba la hiel de los desengaños terrenos, se ve abandonado, escarnecido de sus cómplices, amada y amigos. El mal pecado le tienta con la libertad, el cielo que pone el suplicio como precio del perdón le hace oír su voz:

Detente, engañado Eurico,
No huyas de la prisión,
Pues morirás si salieres
Y si te estuvieras no.

Pero aun persuadido por tan misteriosas palabras que á la vez labran en su fe y en su denuedo, resiste prepararse á servir cristianamente. Ahora apurando el poeta su noble pensamiento, trae al padre al calabozo del hijo; breve es la contienda; ante la suave autoridad del cariño; ante la idea de lastimar con irremediable pena, de reducir á solitaria amargura, á inconsolable dolor, y acaso á desesperada agonía el corazón paterno, Eurico se humilla, pliega su tenacidad, confiesa y sube al cadalso purificado y arrepentido.

Paulo entre tanto desoye la postrera llamada de su ángel que le visita en sueños, y Tirso, que no cuenta entre sus prendas eminentes la dulzura y el sentimiento melancólico, los halla para escribir este suavísimo diálogo:

PAULO.

Pastor que otra vez
Te ví en esta sierra,
Si no muy alegre
No con tal tristeza,
El verte me admira.

PASTOR.

¡Ay, perdida oveja!
¡De qué gloria huyes,
Y á qué mal te allegas!

PAULO.

¿No es esa guirnalda
La que en las florestas
Entonces tejías
Con gran diligencia?

PASTOR.

Esta misma es;
Mas la oveja necia
No quiere volver
Al bien que la espera,
Y así la deshago.

PAULO.

Si acaso volviera,
Gagalejo amigo,
¡No la recibirías!

PASTOR.

Ya de aquestos montes
En las altas peñas
La llamé con silbos,
La avisé con señas.
Ya por los jarales,
Por incultas selvas
La anduve á buscar;
¡Qué de ello me cuesta
Ya traigo las plantas
De jaras diversas
Y agudos espinos
Rotas y sangrientas
No puedo hacer mas.

La visión de la gloria lograda por Eurico lleva á su colmo la desesperación del desconfiado, asáltanle tropas y muere peleando.

Este es el drama español, irregular y sublime, vasto fresco, en cuya extensión aparecen espacios desnudos, toques vagos, figuras apenas bosquejadas, rasgos incorrectos, pero que allí donde sentó vigorosamente su pincel maestro la mano del poeta impone por la grandeza del pensamiento, la riqueza de luz, la variedad y los contrastes de composición.

Mas breve será en el análisis del drama francés, y la causa de esta desproporción, que pudiera parecer parcialidad, es triste de confesar. De tantos lectores cuantos han hojeado la revista, y leído hasta el cabo el artículo de Jorge Sand, ¿cuántos habrán sido los curiosos que hayan buscado la obra de Tirso de Molina en nuestro teatro del siglo XVII? Su mayor número, atendidos al trabajo del imitador extranjero, adoptarán por buenos sus aventurados juicios, dándose por satisfechos de la bastarda noción que á través de enemigas creencias y extraño idioma puede quedarles de obra tan castiza y fervorosa.

No es trabajo de novicio el del célebre novelista, mas manifiesta una pluma discursiva y fría, diestra en el oficio, instrumento dócil de un propósito; regulariza y concentra la composición, trabando y uniendo incidentes sueltos, cercena episodios, suprime personajes, transforma otros, y entre ellos al gracioso, al cual imprime cierto sabor *gaulois*, poniendo en su boca chistes que mas se acercan á la manera de Rabelais que á la manera de los dramáticos españoles. Su Paulo-Angeli Ariani es un criminal arrepentido, flojo en la enmienda, y á quien el aguijón de los sentidos emancipados descamina, haciéndole saltar de nuevo la valla de los deberes sociales y la de su voluntaria penitencia. Su Eurico, Lupo Liverani, que dá título al drama, es violento é impío, bandolero de profesión, y acosado por ministros de justicia en su jornada á Nápoles, pide asilo y descanso seguro á Angelo. Este, que se emplea en custodiar y dar culto á la Virgen del Cedro, devota efigie, á la cual una tradición atribuye el milagro de tender sus brazos cuando á sus piés se acoge un mortal adepto á los ojos de su Divino Hijo, oída la confesión franca de su profesión y de su apuro, le ofrece amparo, y se aleja en busca de agua que conforte al extenuado huésped.

Duérmese Lupo rendido por la fatiga, y cuando vuelve Angelo trayendo el agua, mira con asombro los brazos de la imagen extendidos sobre él dormido. Asómbrale el suceso; ¿cómo ha de creer que un malhechor reciba del cielo tan alto testimonio, cuando su propia vida, penitente y pura, no lo ha merecido! Sin duda Lupo le ha engañado, le llama ansioso, le despierta, y oyendo de su boca con mayores detalles la historia de sus delitos, créese á su vez maldito, abandonado de Dios, y desespera. Disípase la falsa caridad de que hacia muestra su cora-

zon flaco, y se le ocupa todo entero el odio, odio infinito, inextinguible hácia el hombre á quien supone pagado de muertes y latrocinios con el premio que inútilmente solicitaron sus propias austeridades. Y ya su vida se consagra á imitar á Lupo, á excederle, á seguir sus pasos, á expiar el momento de su mayor crimen con homicida intento de sorprender al alma pecadora, no dar espacio á su contrición, y hacerla presentarse airada y sangrienta ante el juez inexorable. En una estancia del castillo de Liverani descansa Lupo, cuando Angelo levanta sobre su pecho el hierro que ha de terminar su vida y condenar su alma: una imagen de San Miguel bordada en los antiguos tapices extiende su escudo y protege á Lupo. Ni la competencia y rivalidad en su hazañosa carrera, ni el robarle su amada, ni el atormentar á su anciano padre, traen á Lupo á la sazón que Angelo desea; por fin, con grosera maña, le hace cometer el mayor delito, á ser parricida: ya parece agotada la divina clemencia; al que ensangrienta venerables canas, al que partió con un puñal el corazón que le dió vida, crianza y ternura, no debe haber misericordia que alcance. No se atrevió Tirso á llegar tan lejos: su conciencia propia le decía que la conciencia del pueblo, á quien se dirigía, hubiese repelido la idea del parricida entrando en plena bienaventuranza desde el caliente cadáver de su víctima: insondable abismo es el de la misericordia divina, pero en la limitada inteligencia humana tampoco cabe el horror de tan tremendo crimen y la inmensidad de su castigo. Jorge Sand, para quien la gracia y el dogma son medios dramáticos que á su gusto estira ó encoge, que escribe con arte, pero sin fe, y á cuyo descreimiento no desagrada realizar lo que le parece absurdo ó injusto en nuestra creencia católica, cuando ha puesto á Lupo á punto de suicidarse, le conforta y detiene con la aparición de su ángel bueno; el ángel le anima á esperar, porque « para el amor no hay imposible. »

Angelo entrando en cuentas consigo mismo, se dice que para rescatar su alma, ha de tornar á los rigores de la vida penitente; pero Satanás ahuyenta su confianza con su tradicional risa, y estas palabras: « en el desierto ejerzo yo soberano imperio sobre los que se aman á sí mismos únicamente... yo ayudaré á secarte el corazón, y fecundaré, auxiliado por tu fértil imaginación, el germen precioso de sentimientos feroces que da ser á tanto sabio exorcista é inquisidor canonizado.

¡Qué hondas diferencias entre la tibia vaguedad, el sarcasmo latente de este desenlace, y la precisión y calor del desenlace de Tirso! Ambos héroes mueren en el drama español, de muerte diversa, pero consecuente y lógica con el pensamiento que mueve y guía la acción. Eurico en cadalso, donde el poeta engrandece la misión de la justicia humana, presentándola como instrumento de la justicia divina, expiación terrible y necesaria, esperanza y consuelo del sentenciado; Paulo en medio de las breñas, teatro de sus proezas, con la muerte en armas del soberbio, muerte desesperada y sin gloria, puesto que la recibe resistiendo á los soldados defensores de la sociedad y del derecho.

Jorge Sand no temerá acaso al infierno, como el ateneísta imaginaba, pero ha temido indudablemente ceder á la grandiosidad del pensamiento del insigne fraile, y ser envuelto y cegado por su luz vertiginosa; por eso se previene de antemano, y se disculpa de posibles flaquezas: « no se me acuse, » dice, « de haber sido tocado por la gracia eficaz una mañanita al calzarme las chinelas, ó al tomar café. Creo que los negocios entre cielo y tierra se ventilarán de distinta manera. »

No habrá sido quizás tocado por la gracia divina el célebre escritor, pero indudablemente ha sido abandonado por el númen délfico en este ensayo de sus facultades. Es pobre y no es nuevo su modo milagroso de mostrar á los ojos de Angelo el estado de gracia de Lupo; y harto inferior á aquellas voces que en diverso punto y hora avisan á Paulo su suerte y su camino; voz de la conciencia que todos hemos oído al caminar al mal, aun cuando no la hayamos escuchado. Los caracteres de sus personajes semejan pálidos reflejos de los que con tan vivo fuego de pasión diseñó Alfredo de Musset, y el recurso empleado para que Lupo consuma su parricidio, recuerda con menos verosimilitud el usado por Hugo para castigar en Triboulet su ciego apetito de venganza.

Quizás por evitar el influjo de la gracia permaneció el autor francés en estos límites donde la razón gobierna, donde el deseo de probar domina, y ambos ciegan las fuentes del corazón, único venero de donde fluye espontánea y viva la poesía: allí halló un resultado, mas no dió con el acierto, y su interpretación del pensamiento de Tirso resulta falsa en arte, además de serlo en lógica, como que consiste en suponer una idea materialista desenvuelta dentro de una obra esencialmente mística y simbólica.

(De la *Epoca*.)

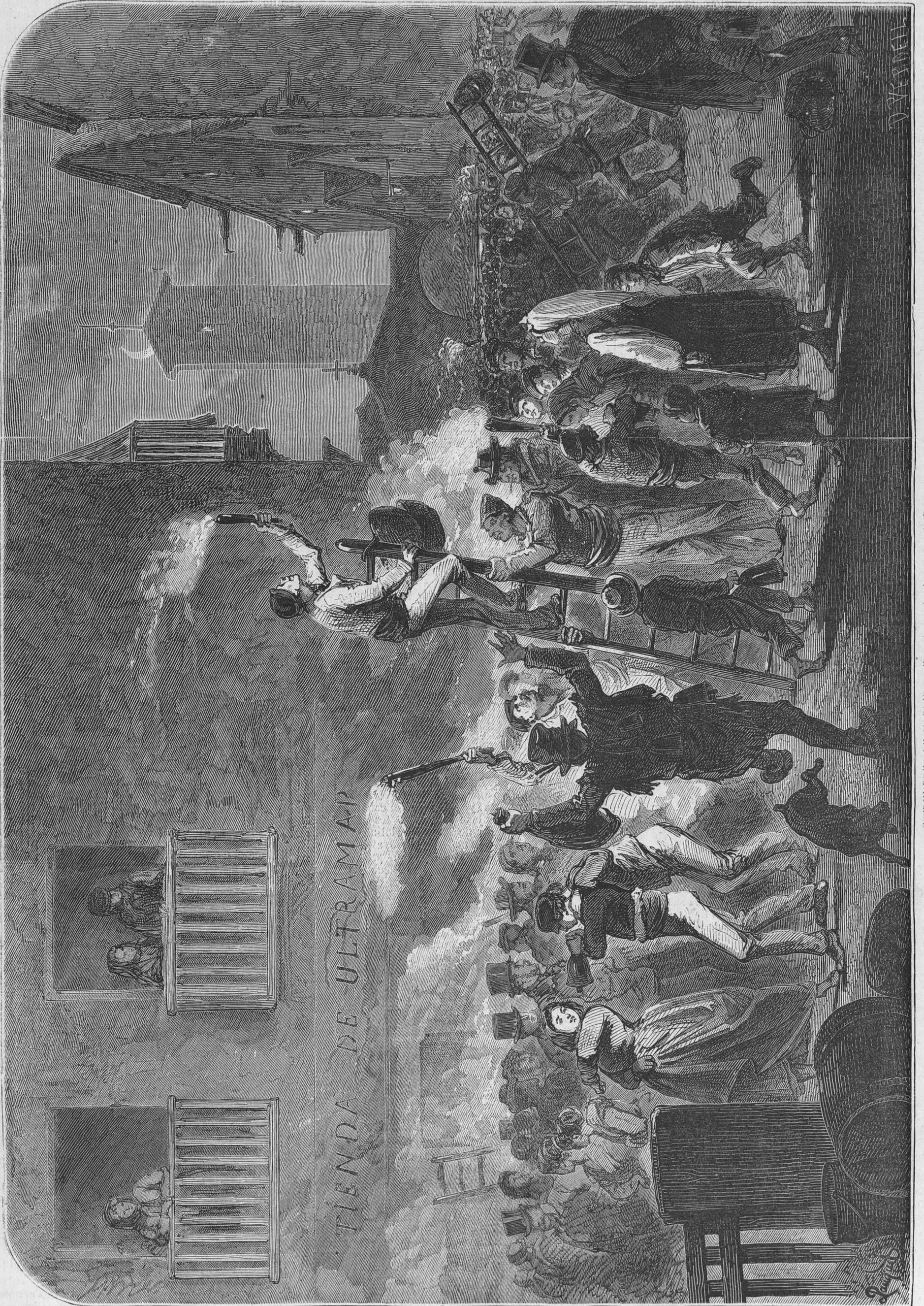
JUAN GARCIA.

La fiesta de Reyes en Madrid.

(Correspondencia del CORREO DE ULTRAMAR.)

Madrid 8 de enero de 1870.

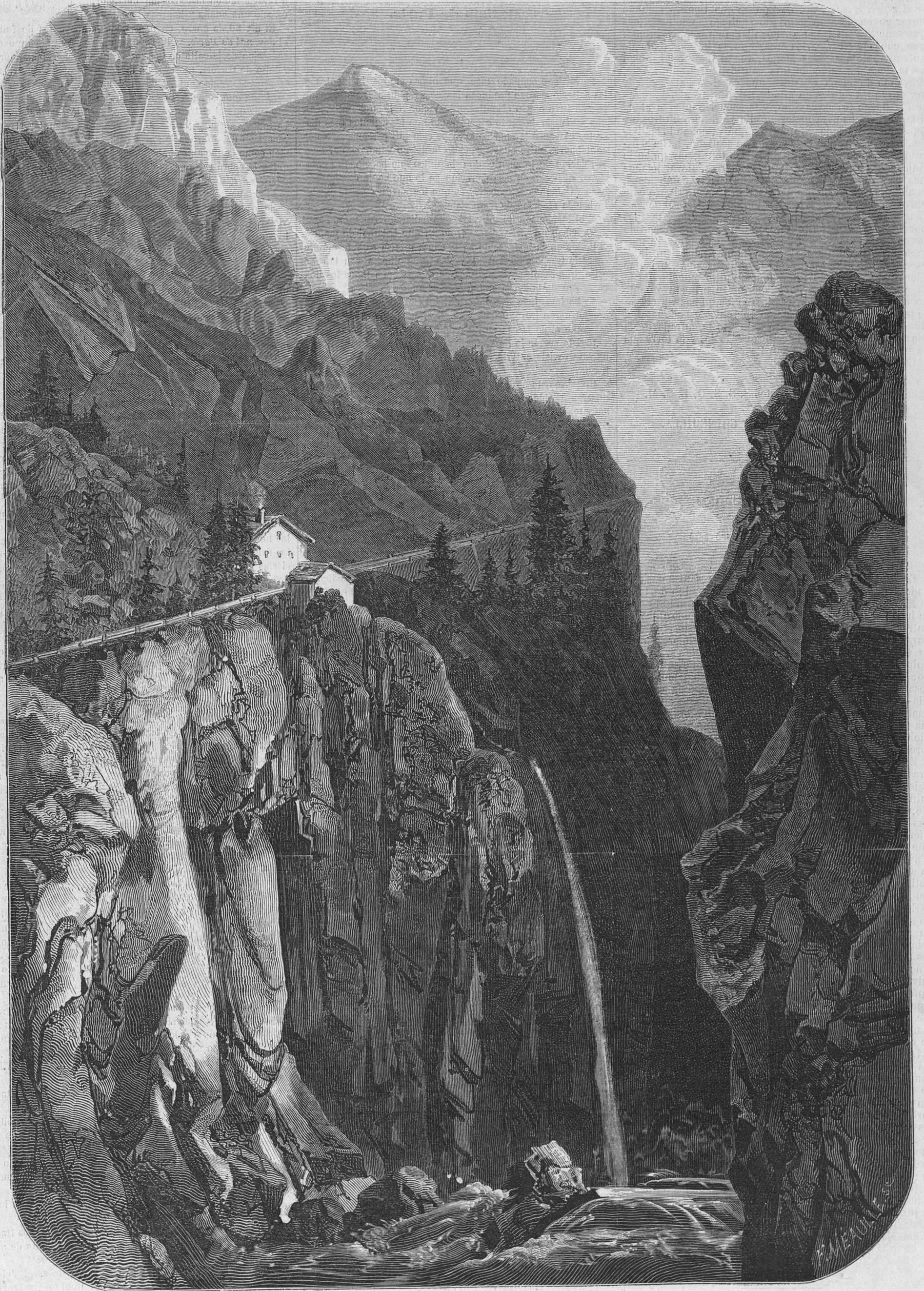
Remito á Vd., señor director, uno de esos apuntes ligeros que hacemos los pintores de nuestras impresiones del momento.



D. V. P. DEL

COSTUMBRES DE MADRID. — Escena popular la víspera de Reyes.

Sanchez



El nuevo camino de Schyn-Pass (Alpes suizos).

La escena á que se refiere mi dibujo representa una correría que se repite desde tiempos remotos, y se llama *ir á esperar los reyes*, costumbre que tiene por objeto llevar engañado á un asturiano ó gallego (sencillos y mas que sencillos interesados). Por fijarse en esto la broma, que consiste en hacerlos creer que se ha solicitado de antemano de los reyes Magos, que al fulano tal ó cual se le haga donacion de una cantidad de dinero. Este, creyendo de buena fe, lleva una escalera para subir y ver desde los puntos en que hacen alto los acompañantes, si llegan los reyes ó no, y la espuerta que va atada á la escalera es para meter en ella ya dinero ú otros objetos que sean dados al inocente que va echando las bofes. Lo cierto es que la tradicion se sostiene, hasta el extremo de que si no hay el verdadero tonto, hay quien lo finje, y el caso es gritar, tocar cencerros, llevar hachones de resina y pez, y despues de correr como locos, cuando las horas de broma pasaron, todo el criterio concluye en la taberna. Estas costumbres de Madrid se sostienen por el pueblo, pasan de padres á hijos, legadas por la fuerza de la costumbre, y aunque el buen sentido las condena, todos vamos á verlas, y nos reimos. El momento del adjunto croquis es lo dicho arriba: fui de él espectador, y diré que el que tiene la escalera, mas que inocente, me pareció un redomado pillo aguador de la fuente de la calle de Segovia, que no tuvo inconveniente en hacerse el tonto, con tal de que los que así lo creían le pagasen varias copas, que en diferentes estaciones del dios Baco iban bebiendo. El sitio es: la entrada de la plazuela de la Paja por la calle de Segovia, y la torre que se ve á la izquierda la de San Pedro.

Con este motivo se repite

De usted S. S. S. Q. B. S. M.

QUINTIN CHINCHILLA.

El nuevo camino del Schyn Pass.

(SUIZA, CANTON DE LOS GRISONES.)

El *Schyn-Pass* es una de las mas interesantes curiosidades, no solo del canton de los Grisonos, sino de toda la Suiza. Es un desfiladero muy angosto y profundo que se ha abierto el Albula entre dos paredes á pico antes de entrar mas abajo de Thusis en el Rhin posterior. Sin embargo, hasta el dia ha sido visitado por los viajeros, pues se encuentra comprendido entre dos carreteras, la del Splugen, que atraviesa Thusis, y la del Julier, que pasa por Tiefenkasten, las dos muy frecuentadas y muy interesantes, sobre todo la primera, pues sube la célebre Via-Mala, sin contar que no distan una de otra mas de cuatro ó cinco horas de marcha. En medio de la distancia que las separa, se halla el Schyn-Pass, propiamente dicho, en cuya entrada superior el arco atrevido y pintoresco del Solisbrucke atraviesa el Albula.

El camino de peatones entre Tiefenkasten y Thusis, presentaba á los viajeros los mas grandiosos y variados paisajes: ora serpenteaba al borde del precipicio que dominaba á pico á una grande altura; ora, por el contrario, describía grandes rodeos para atravesar por profundas gargantas los torrentes tributarios del Albula. De Tiefenkasten á Thusis, la diferencia de nivel no es mas que de 203 metros. Mas abajo de Tiefenkasten, situado á 889 metros en la orilla izquierda del Albula, el sendero se elevaba hasta 1,469 metros, para subir y bajar repetidas veces antes de llegar á 689 metros, á la union del Albula y del Rhin posterior.

El mejor punto de vista era el que se descubria cuando se estaba cerca de una capilla aislada antes de entrar en el desfiladero propiamente dicho. A la derecha se veían, en hermosos prados bañados por el sol, numerosas aldeas, Obervatz, Lain, Muldain y Zorten; y á la izquierda, mas abajo de Solis, se destaca, entre hermosas selvas de abetos, el célebre puente del mismo nombre. Enfrente el Albula, blanco de espuma, se precipita mugiendo al fondo del abismo, y mas allá de este admirable desfiladero se levanta el Heinzenberg cubierto de casas. Al salir de la angostura, el aspecto cambia; se ve de repente el magnífico valle de Domleschg.

La carretera abierta en el Schyn-Pass por el canton de los Grisonos, y que ha costado 450,000 francos, se halla completamente terminada, segun parece. En el verano de 1870, los carruajes podrán recorrerla en toda su extension; de tres ó cuatro horas, pues es una hora mas corta que el antiguo camino de peatones. Si los ingenieros encargados de construirla no pudieron seguir la línea recta, al menos han abreviado mucho la distancia que mediaba entre Tiefenkasten y Thusis, haciendo saltar rocas, abriendo galerías y construyendo atrevidos puentes sobre torrentes que exigian largos rodeos. Lejos de perjudicar á la belleza del paisaje, esas obras de arte la hacen todavia mas grandiosa y pintoresca, segun puede juzgarse por nuestro dibujo. Ningun viajero sentirá haber bajado ó subido el Schyn-Pass, aun á la salida de la Via-Mala.

A. J.

Revista de Paris.

Paris sigue ocupado mas que nunca en los incidentes y las agitaciones que producen las cosas políticas. La semana pasada tuvo efecto el entierro de Victor Noir en Neuilly, con una afluencia de gente considerable que los cálculos mas discretos elevan á la enorme cifra de cien mil personas. No nos contábamos entre ellas, y por lo tanto no vamos á dar aquí la relacion de lo acontecido; lo único que hacemos es consignar el hecho en corroboracion de lo que venimos diciendo hace ya algunas semanas, y es que los sucesos políticos absorben la atencion de los parisienses.

Y el incidente está muy lejos de hallarse terminado.

Ya saben nuestros lectores que un alto tribunal de justicia entiende en la instruccion de la causa que se está formando sobre la tragedia de Auteuil, y los preliminares van tan de prisa, que segun parece á fines de esta semana todos los documentos de la causa se hallarán reunidos.

Se ha levantado por orden del juez el plano del salon en donde fueron introducidos Victor Noir y Ulrico de Fonvielle, así como el de la escalera por donde bajó el moribundo.

¡Triste suerte la de Victor Noir! La noticia que dimos en nuestra revista anterior de que estaba para casarse era ciertísima.

Un periodista amigo suyo ha trazado en el *Journal de Paris* una reseña biográfica, de la cual vamos á extractar los siguientes apuntes:

«Conocemos mucho al desgraciado Victor Noir, le profesábamos un acendrado afecto, y su muerte nos hubiera conmovido profundamente aunque no hubiese acaecido en medio de circunstancias tan trágicas. Habíamos contribuido á hacerle entrar en la prensa hace algunos años, y desde aquella época no le habíamos perdido casi nunca de vista, aun en estos últimos tiempos, en que había entrado en una senda algo distinta de la que le habíamos abierto.

Le ví por primera vez en 1865. Escribía entonces en la *Epoque* bajo la direccion de M. Ernesto Feydeau. Empezaba á formarse el tercer partido, y la *Epoque* secundaba este movimiento. Entre otros colaboradores tenía este periódico á M. Julio Reichard, que pasó despues con el éxito de todo el mundo conocido al *Figaro* y al *Petit Journal*, á M. Claveau M. Behaghel; que han llegado á ser secretarios redactores del Cuerpo legislativo, y á M. Federico Terme y M. Leguevel de La Combe, en el dia redactores del *Peuple français*. M. Weiss y yo escribíamos artículos sobre las sesiones del Cuerpo legislativo bajo la firma comun de José Perrin. Para redactar los hechos varios teníamos á un pobre muchacho que se llamaba Adolfo de Carfort, por quien todo el mundo se interesaba porque no era muy feliz y sobrellevaba su miseria con valor y resignacion. Se declara el cólera en Paris, y un dia M. Adolfo de Carfort se retira á las cuatro de la tarde, despues de terminado el periódico. A la mañana siguiente se presentó en la redaccion un jóven de formas hercúleas, pero de aspecto apacible y tímido. Era Victor Noir. Venía á anunciarnos que Adolfo de Carfort había fallecido aquella noche del cólera.

Hé aquí lo que había ocurrido. La historia era conmovedora. Por modesta que fuese la situacion del infortunado Adolfo de Carfort, la compartía con otro. Había encontrado á Victor Noir, pobre y sin ocupacion, se había interesado en su favor

le había propuesto la tarea de investigar las noticias que él, Adolfo de Carfort, redactaba. Victor Noir tenía buenas piernas y una salud robusta; pero no poseía sino ligeras nociones de estilo y de ortografía. Adolfo de Carfort, al contrario, escribía bastante bien, pero no se hallaba en el caso de ejercer el rudo oficio de investigador de noticias. Estaban pues asociados para este trabajo. Era la fábula del ciego y del paralítico. Carfort se imponía un descuento en su escaso sueldo para dar una corta indemnizacion á Victor Noir. Este último nos contó además de qué modo Adolfo de Carfort al anoecer del dia anterior había enfermado. Victor Noir había pasado la noche al lado de su amigo. En un principio le tranquilizó la primera visita del médico, quien declaró que la indisposicion no ofrecía gravedad. Pero algunas horas despues, viendo que el enfermo se agravaba por momentos, envió á buscar por segunda vez al médico, y este pareció haberle dicho: Está perdido. En efecto, á las tres de la mañana Adolfo de Carfort había muerto.

Algunos dias despues, cuando se trataba de reemplazar á nuestro infeliz redactor encargado de la seccion de hechos varios vino á encontrarnos Victor Noir, diciendo: «Yo auxiliaba en ese trabajo á Adolfo de Carfort; ¿no podría yo continuar desempeñando solo la misma tarea que desempeñábamos juntos? Yo no sé escribir mucho, pero vos me dais consejos.» M. Feydeau era hombre de muy buen corazon y muy sensible, y compadecido de la situacion del jóven, concedióle el modesto destino que deseaba. Mas adelante, al pasar la *Epoque* á otras manos, separóse de su redaccion. Creo que por algun tiempo fué secretario de M. Julio Vallés. Por espacio de un año le perdí de vista. Por lo demás, en esa época yo no escribía en los periódicos franceses. A causa de

las persecuciones del ministerio de entonces, víme precisado á refugiarme en la redaccion del *Journal de Genève* que me ofreció una buena y honrosa hospitalidad.

El dia 20 de enero, cuando apenas acabábamos de fundar el *Journal de Paris*, vi llegar una mañana á nuestra modesta redaccion de la calle de Coq-Héron al antiguo colaborador de Adolfo de Carfort, redactor de la seccion de hechos varios de la *Epoque*. Tenía como siempre el aire de un niño, sin embargo de que contaba dos años mas de edad, si bien es de advertir que al entrar en la redaccion de la *Epoque* no pasaba todavia de diez y siete años. Venía á preguntar si en la redaccion del *Journal de Paris* hallaría una pequeña colocacion como la que antes había ocupado. Presentéle á M. Weiss, quien le cobró cariño y le encargó la redaccion de las *Notes parisiennes*, dándole por espacio de algunos meses verdaderas lecciones de estilo y de periodismo con tanto gusto y paciencia, que Victor Noir le estaba sumamente agradecido. Victor Noir separóse de nosotros para escribir en el *Rappel*, y luego en la *Marseillaise*. Quizás era aun demasiado jóven y poco experimentado para tomar parte en las luchas políticas.

Su verdadero nombre no era Victor Noir sino Victor Salmon. El nombre de Noir no era mas que un pseudónimo literario, empleado primero por su hermano Luis y luego por él mismo. Antes de encontrar á M. Carfort había tenido diferentes colocaciones, entre otras la de dependiente en un almacén de géneros de moda. A la edad de trece años abandonó la casa paterna á consecuencia de una fuerte reprimenda que sufrió en ella. En los momentos en que sobrevino la trágica aventura que le ha ocasionado la muerte estaba en víspera de casarse. No queremos en estos instantes investigar el papel que representó en este suceso cada una de las personas que en él han figurado. Tiempo nos quedará, por desgracia, para ocuparnos de este triste asunto. Por hoy solo podemos pensar en una cosa, y es en la desdichada suerte de ese jóven de veinte y dos años, que no había nacido de seguro para la política, de la cual ha sido víctima, dejando en la tierra á una novia de diez y seis años.»

¿No parece una novela semejante existencia? «Buscador de noticias,» hé ahí la profesion de Victor Noir, pues aunque las noticias salían en forma de artículos en los periódicos y las firmaba él, jamás las escribía. No es posible pensar en ciertas industrias que de tiempo en tiempo se revelan en el torbellino de la existencia parisiense, sin acordarse de Balzac, aquel pintor de costumbres incomparable, que á la hora actual habría aumentado su inestimable COMEDIA HUMANA con tantos tipos.

Tambien en esta galería en que había puesto para todo habría podido figurar el monstruo espanto de la humanidad que se llama Troppmann, y que el miércoles último ha sufrido la pena capital á que se había hecho tan acreedor por su aleroso crimen.

Desde que el tribunal de Casacion había desestimado su recurso, el populacho acudia todas las noches á ver cuándo levantaban el patíbulo. No tardó en satisfacerse su curiosidad: en la del martes se alzó á la puerta de la cárcel el terrible instrumento y al amanecer del siguiente dia tuvo lugar la ejecucion de Troppmann, sin ningun incidente digno de ser notado: «Troppmann ha muerto al fin,» se dice la gente como con satisfaccion, á guisa de oracion fúnebre.

Ahora bien, como de todo saça partido la crónica parisiense, toda esta semana la prensa se ha ocupado de cuestiones patibularias, leídas siempre con avidez por cierta parte del público.

Ningun detalle se ha omitido.

Ha salido á relucir como cosa oportuna la historia, de la guillotina con su descripcion, el modo que tiene de funcionar, los actores encargados de tan lúgubre cometido; todos los preliminares de la ejecucion, desde que despiertan al reo en medio de su sueño para advertirle que ha llegado la hora fatal, hasta el momento en que separada la cabeza del tronco, el carro fúnebre se lleva los restos del ajusticiado al rincón especial en que se entierran en el cementerio cuando no los reclama su familia.

Pero ha habido mas aun: de nuevo se ha agitado el terrible punto de averiguar si la muerte sigue inmediatamente á la decapitacion ó si sobreviven á ella durante algun tiempo la inteligencia, la sensibilidad y el dolor físico.

El doctor Pinel en un escrito que acaba de publicar en los periódicos, se inclina á esto último.

Terminantemente afirma que la cabeza del decapitado piensa.

«¿Por qué razones, dice, se preconiza la muerte súbita? ¿Por ventura no es el objeto de la vida el cerebro, órgano de la razon y del pensamiento, centro de la inteligencia?»

Pues si es así, la inteligencia no puede destruirse si no se altera el órgano, sea por enfermedades, sea por la locura, sea por heridas ó por lesiones traumáticas.

En tanto que su parte sólida ó su parte líquida no se hallan atacadas, el cerebro está sano.

Toda sustancia que altera una ú otra de estas partes trastorna las moléculas orgánicas, lo que causa una falta de armonía en el ejercicio de las facultades intelectuales.

El cloroformo, el éter, los venenos narcóticos, el ácido prúsico, la estrignina, etc., destruyen el líquido cerebral y producen la muerte casi súbitamente.

americanas no se encuentran caracteres geroglíficos, sería para mí del mayor placer trascribir íntegro y en lengua original su excelente discurso.

Aprovecharé esta ocasión para hacer notar, que toda conversacion subsiguiente tuvo lugar en egipcio primitivo, sirviendo de intérprete para mí y los demás compañeros que no habíamos viajado, MM. Gliddon y Buckingham. Hablaban estos señores la lengua patria de la momia con una gracia y una fluidez inimitables: pero no pude menos de notar que los dos viajeros, sin duda á causa de la introduccion de imágenes enteramente modernas y naturalmente nuevas para el extranjero, se veían de cuando en cuando forzados á emplear formas sensibles para hacer comprender á huésped de tan antiguo tiempo ciertas ideas particulares.

Sucedió esto, por ejemplo, cuando M. Gliddon no pudo hacer comprender al egipcio la palabra *la política*: felizmente ocurriósele la idea de dibujar en la pared con un carbon un hombre pequeño, de nariz granugienta, puesto en jarras, subido en un pedestal, la pierna izquierda bastante retirada hácia atrás, el puño cerrado, la vista dirigida al cielo y la boca abierta, formando un ángulo de noventa grados.

Del mismo modo M. Buckingham jamás hubiera logrado traducir la idea absolutamente moderna *la peluca*, si á una seña del doctor no se hubiese puesto pálido y consentido en quitarse la suya.

Como era muy natural, nada tenía de extraño que M. Gliddon apoyase su discurso principalmente en los inmensos beneficios que la ciencia podría prometerse del desenfajamiento y destripamiento de las momias; medio ingenioso de justificarnos de cuantos disgustos le hubiéramos podido causar á ella en particular, momia llamada Allamistákeo: concluyó, pues, insinuando, porque no fué mas que una insinuacion, que supuesto hallarse todas estas cuestiones incidentales suficientemente aclaradas, podía procederse al exámen proyectado. Al oír esto el doctor Ponnonner, aprestó sus instrumentos.

Relativamente á las últimas especies vertidas por el orador, parecia que Allamistákeo tenía ciertos escrúpulos de conciencia, de cuya naturaleza no estoy suficientemente enterado; pero mostráronse de tal manera satisfecho de nuestras justificaciones y excusas, que bajándose de la mesa diónos á todos el mas amistoso y cordial apretón de manos.

Finalizada esta ceremonia fué nuestro primer cuidado reparar el daño causado por el escalpelo en la persona de nuestro nuevo amigo. Se le cosió la herida de la sien, se le vendó el pié y le pegamos una pulgada cuadrada de tafetan inglés en la punta de la nariz.

Entonces notamos que al conde, tal era al parecer el título de Allamistákeo, le daban algunos ligeros escalofríos á causa del clima, sin duda alguna. El doctor fué inmediatamente á su guarda-ropa, y bien pronto se nos apareció con un frac negro, un pantalon de tartan azul celeste *con medias*, una camisa de color de rosa de algodón estampado, un chaleco de brocado, un gaban ó saco blanco, un baston de pico de cuervo, un sombrero sin alas, unas botas de cuero de nueva invencion, unos guantes de cabritilla de color de paja, un lente, un par de patillas y una corbata de moaré.

La diferencia del talle entre el doctor y la momia (su proporción era como de dos á uno), dió lugar á que no pudiéramos ajustarle la ropa tal y cual era nuestro deseo; pero cuando todo se arregló no podía negarse que estaba bien vestida. M. Gliddon dió entonces el brazo al conde y le llevó á una cómoda butaca, enfrente de la chimenea, mientras el doctor pedia á un criado vino y cigarros.

Bien pronto se animó la conversacion. Inmensa era la curiosidad que teníamos por saber la causa extraña por la cual Allamistákeo estaba vivo.

— Yo hubiera apostado, dijo M. Gliddon, á que hacia muchísimo tiempo que estaba Vd. muerto.

— ¡Cómo! replicó el conde espantadísimo. ¡Si apenas tengo setecientos años! Mi padre vivió mil, y absolutamente pensaba en chochar cuando murió.

Siguió á esto una inmensa serie de preguntas, y por medio de las cuales sacamos en consecuencia que la antigüedad de la momia habia sido torpemente calculada. Cinco mil quinientos años y algunos mas hacia que la momia se depositó en las catacumbas de Eleuchias.

— Pero mi reparo, volvió á decir M. Buckingham, no es sobre la edad de Vd. en la época de su embalsamamiento; pero sí respecto á la inmensidad de tiempo que acabo de escuchar de su propia boca, que ha permanecido Vd. confitado en el asfalto.

— ¿En qué? dijo el conde.
— En el asfalto, persistió M. Buckingham.
— ¡Ah! sí; conservo una idea vaga de lo que me quiere Vd. decir; en efecto, esto podría valernos de algo, pero en mis tiempos solamente empleábamos el bicloruro de mercurio.

— Pero lo que nos es imposible comprender, dijo el doctor Ponnonner, es, cómo habiendo Vd. muerto y sido embalsamado en Egipto hace cinco mil años, se encuentra Vd. ahora enteramente vivo y en el mejor estado de salud.

— Si en aquella época, como Vd. dice, contestó el conde, me hubiese yo muerto, es mas que probable que muerto seguiria; pero veo que Vds. están hoy en la infancia del galvanismo, y que no pueden Vds. obtener por este agente, lo que en nuestro antiguo tiempo era cosa vulgar entre nosotros. Es el hecho que fué atacado de catalepsia, y que mis mejores amigos creyeron que estaba muerto ó que debía estarlo; y esta fué la causa de que me embalsamaran inmediatamente. ¿Creo que

ustedes conocerán el principio capital del embalsamamiento?

— Absolutamente.
— ¡Ah! ya caigo; ¡deplorable condicicn de la ignorancia! Por de pronto me es imposible entrar en detalles; pero debo explicar á Vds. que en Egipto embalsamar, propiamente hablando, es suspender por tiempo indefinido todas las funciones animales sometidas al procedimiento. Uso la palabra *animal* en su mas lato sentido, como implicando el ser moral y vital igualmente que el físico. Repito, que el primer principio del embalsamamiento consiste, entre nosotros, en parar inmediatamente y tener en suspenso perpétuamente todas las funciones animales al procedimiento sometidas. En fin, para abreviar, cualquiera que sea el estado en que se encuentre el individuo en la época del embalsamamiento, tal será en el que continuará. Ahora bien, como yo tengo el honor de ser de la sangre de Scarabajo, fuí embalsamado vivo, tal como Vd. me están viendo.

— ¡La sangre de Scarabajo! gritó el doctor de Ponnonner.

— Sí. El Scarabajo era el emblema, las armas de una familia patricia muy distinguida y poco numerosa. Ser de la sangre de Scarabajo, es simplemente ser de la familia cuyo emblema es el Scarabajo. Hablo en sentido figurado.

— ¿Pero qué tiene que ver eso con la actual existencia de usted?

— A eso voy; en Egipto era costumbre general, antes de embalsamar un cadáver, extraerle los intestinos y el cerebelo; únicamente la raza de los Scarabajos es la sola no sujeta á esta costumbre. Si yo no hubiese sido Scarabajo hubiera perdido mis tripas y mis sesos y vivir sin estas dos vísceras, la verdad, no debe ser cómodo.

— Lo creo así, dijo M. Buckingham, y presumo que cuantas momias *enteras* llegan á nuestras manos, son de la raza de los Scarabajos.

— Sin duda alguna.

— Yo creía, dijo M. Gliddon con mucha timidez, que el Scarabajo era uno de los dioses egipcios.

— ¿Uno de qué egipcios? gritó la momia dando un brinco?

— Uno de los dioses, replicó el viajero.

— Señor Gliddon, me espanta oír hablar á Vd. de ese modo, dijo el conde volviéndose á sentar. Ninguna nacion sobre la redondez de la tierra ha reconocido jamás sino un solo Dios. El Scarabajo, el Ibis, etc., eran para nosotros (lo que otras criaturas han sido para otras naciones) los símbolos, los intermediarios por los cuales rendíamos culto al Creador, inmensamente augusto para dirigirse á él directamente.

Al llegar aquí hubo una pausa, que terminó el doctor Ponnonner.

— ¿No es improbable, juzgando por las explicaciones de Vd., dijo, que puedan existir en las catacumbas cercanas al Nilo, mas momias de la raza de Scarabajo con las mismas condiciones de vitalidad?

— Eso no puede dar motivo á una pregunta, contestó el conde. Todos los Scarabajos que por cualquier accidente hayan sido embalsamados vivos, vivos estarán. Aun algunos de los que hayan sido de este modo embalsamados *adrede*, y olvidados por sus ejecutores testamentarios, estarán en sus tumbas.

— ¿Tendria Vd. la amabilidad de explicarme, le dije, qué es lo que Vd. entiende por *embalsamados de este modo adrede*?

— Con muchísimo gusto, dijo ella. La duracion ordinaria de la vida del hombre, en mi tiempo, era ochocientos años próximamente. Pocos hombres morían (no siendo por accidentes muy extraordinarios) antes de cumplir seiscientos años; muy pocos vivían mas de diez siglos; pero ocho siglos se consideraban como el término natural. Desde el descubrimiento del principio del embalsamamiento, tal cual le he explicado, ocurrióseles á nuestros filósofos que se podría satisfacer una laudable curiosidad y al mismo tiempo servir considerablemente á los intereses de la ciencia, dividiendo la duracion media de la vida y viviendo la vida natural por intervalo. Relativamente á la historia, la experiencia ha demostrado que aun hay por hacer algo indispensable. Por ejemplo, un historiador, á la edad de quinientos años, escribe un libro con el mayor esmero: en seguida se hace embalsamar con el mayor cuidado; deja á sus testamentarios el encargo *pro tempore* de resucitarle despues de cierto tiempo, supongamos, quinientos ó seiscientos años. Vuelve á la vida con la experiencia de su época, encuentra su grande obra, invariablemente convertida en una especie de acta de noticias acumuladas al acaso, es decir, en una especie de palenque literario, abierto á las conjeturas contradictorias, á los enigmas y á las sarracinas personales de todos los bandos de exasperados comentadores. Estas conjeturas, estos enigmas, que llevan el nombre de anotaciones ó correcciones, han embrollado, torturado y revuelto el texto, de tal modo que el autor tiene que huronear cada una de las hojas con una linterna para poder hallar su propio libro. Pero ya encontrado, el pobre libro jamás vale los sinsabores que el autor ha padecido para recuperarlo. Despues de haberle vuelto á escribir de cabo á rabo, aun falta al historiador una necesidad que satisfacer, un deber imperioso que cumplir: este es corregir, con arreglo á su ciencia y experiencia propia, las tradiciones actuales y las de la época en que vivió. Así, pues, este procedimiento de recomposicion y rectificacion personalmente ejecutado, proseguido de un tiempo á otro por diferentes sabios, evitaria que nuestra historia degenerase en una pura fábula.

— Usted perdone, dijo entonces el doctor Ponnonner,

posando [dulcemente una mano sobre un brazo del egipcio, dispéñeme Vd., caballero, ¿puedo permitirme interrumpir á Vd. por un momento?

— Perfectamente, caballero, contestó el conde separándose un poco.

— Deseo simplemente hacer á Vd. una pregunta. Habla Vd. de correcciones personales del autor, relativamente á las tradiciones que conciernen á su época. ¿Quiere Vd. decirme en qué proporción se encuentra generalmente mezclada la verdad con estos embolismos?

— Generalmente sucede que estos embolismos, sirviéndome de vuestra excelente definicion, se hallan exactamente mezclados por mitad, con los hechos relatados en la historia misma no escrita; es decir, que jamás se halla una *j* de verdad ni en lo uno ni en lo otro.

— Pero, como es bien notorio, replicó el doctor, que han trascurrido lo menos cinco mil años desde nuestro enterramiento, tengo por cierto que vuestros anales de esa época, ya que no vuestras tradiciones, se hallarán bien terminantes sobre un punto de interés general, sobre la creacion, la cual tuvo lugar, como Vd. sabe muy bien, diez siglos antes, poco mas ó menos.

— ¡Caballero! exclamó Allamistákeo.

El doctor volvió á espetar su relacion, y despues de la mas proliza adiccion ó explicacion adicional, consiguió por fin hacerse entender del extranjero; y este le contestó con la mayor perplejidad.

— Las ideas que Vd. me manifiesta son, se lo digo á usted con franqueza, enteramente nuevas para mí. En mi tiempo no hubiera ocurrido al mas ignorante la idea tan peregrina, de que el universo (ó este mundo, como usted quiera) haya tenido un principio. Recuerdo que una vez un hombre muy sabio me habló de una tradicion sumamente vaga sobre el origen de la raza humana; y para ello usó como Vd. de la palabra *Adam ó tierra roja*. Empleó además, un sentido genérico, relativamente á la generacion por el barro, justamente como un millar de animalejos, á la germinacion espontánea de cinco grandes hordas de hombres simultáneamente situadas en cinco distintas partes del globo, casi iguales entre sí.

Al llegar aquí la reunion se encogió de hombros, y algunas personas diéronse unas palmadas en la frente con aire muy significativo. M. Silk Buckingham paseando la mirada desde el occipucio al sincipucio de Allamistákeo, tomó la palabra y dijo así:

— La longevidad humana en vuestros tiempos, unida á la general costumbre que Vd. mismo acaba de explicarnos, consistiendo en vivir, la vida á trozos, hubiera en verdad debido contribuir poderosamente al desarrollo general y á la acumulacion de conocimientos. Por ende presumo yo, que el atraso de los antiguos egipcios en todas las ciencias, comparativamente con modernos y mas principalmente con los yankees, debe atribuirse únicamente al poquísimo espesor del cráneo de los egipcios.

— Vuelvo á confesar, replicó el conde, con la mayor urbanidad, que me cuesta trabajo comprender lo que ustedes me quieren decir; dígame Vd. y Vd. dispense, ¿de qué parte de la ciencia me habla usted?

Todos en coró citamos las afirmaciones de la frenología y las maravillas del magnetismo animal.

Despues de oírnos, nos refirió el conde algunas anécdotas, probándonos con la mayor claridad que los prototipos de Gall y de Spurzheim, florecieron y se desacreditaron en Egipto; pero en época tan remota que casi hubiese de ella perdido toda memoria; y que los procedimientos de Mesmer eran miserables, comparados con los verdaderos milagros hechos por los sabios de Thebas, que creaban piojos y otra infinidad de seres semejantes.

Pregunté entonces al conde si sus compatriotas habian sido capaces de calcular los eclipses. Se sonrió con desdenoso ademan y me afirmó que sí.

Turbéme algun tanto, pero comencé á dirigirle mas preguntas sobre conocimientos astronómicos; pero uno de mis compañeros que no habia desplegado sus labios, me dijo al oído que si yo necesitaba detalles sobre el particular, mejor me seria consultar á un señor Ptolomeo y tambien á otro tal llamado Plutarco, en el artículo *facie lunæ*.

Luego interrogué á la momia sobre los cristales lenticulares y en general sobre la fabricacion del cristal; pero aun no habia acabado mi pregunta, cuando mi silencioso compañero, dándome con suavidad un codazo, me rogaba por el amor de Dios, que ojease á Diodoro de Sicilia. En cuanto al conde, me preguntó sencillamente, en tono de súplica, si nosotros los modernos poseíamos microscopios por medio de los cuales pudiésemos grabar las onices, con la perfeccion de los egipcios. Mientras yo buscaba la respuesta, el pequeño doctor Ponnonner se aventuró á entrar en la senda mas extraordinaria.

— ¡Ved vuestra arquitectura! gritó á despecho de la indignacion de los dos viajeros que le pellizcaban sin compasion, pero sin lograr que se callase. ¡Id á ver, volvié á gritar entusiasmado, la fuente del juego de bolos de Nueva York! ¡ó si no la juzgais digna de contemplacion, mirad por un instante el capitolio de Washington, D. C.!

Y el bueno del mediquillo siguió, hasta detallar minuciosamente las proporciones de los edificios en cuestion. Explicó que solo el pórtico tenia nada menos que veinte y cuatro columnas de cinco piés de diámetro, colocadas á diez piés de distancia una de otra.

El conde dijo, que sentia no poder acordarse en aquel momento de la exacta dimension de cualquiera de las principales construcciones de la ciudad de Aznac, cuya fundacion se pierde en la noche de los tiempos, y cuyas

ruinas aun existían en la época de su entierro, en una hermosa llanura de arena al Oeste de Tebas. Tampoco recordaba á propósito de pórticos, uno que él tenía allí, en un palacio secundario, en una especie de arrabal llamado Carnac, formado de ciento cuarenta y cuatro columnas de treinta y siete pies de circunferencia cada una, y distante una de otra veinte y cinco pies. Ibase desde el Nilo á este pórtico por un paseo de dos millas de largo cercado de sfinges, estatuas y obeliscos de veinte, sesenta y aun cien pies de elevación. El palacio mismo, según pudo acordarse, tenía en una sola dirección dos millas de largo y cómodamente tendría siete millas de superficie. Las paredes interiores y exteriores se hallaban ricamente adornadas de pinturas geroglíficas.

No pretendía afirmar, sin embargo, que hubiera podido construirse entre los muros de un palacio, cincuenta ó sesenta capitolios como el del doctor; pero que no le habían demostrado de qué manera sería posible amontonar allí con gran trabajo doscientas ó trescientas. Y en resumen el palacio de Carnac no era más que una insignificante casita. En consecuencia el conde no podía negarse á reconocer la magnificencia, el estilo ingenioso, la superioridad de la fuente del juego de bolos, tal y como el doctor la había descrito. Nada igual, preciso es confesarlo, se ha visto nunca fuera ni dentro de Egipto.

Pregunté al conde qué pensaba de nuestros caminos de hierro.

— Nada de particular, dijo. Son algo débiles, bastante mal concebidos y toscamente ensamblados. No pueden compararse con los grandes arceifes con ranuras de hierro horizontales y rectas, sobre los que trasportaban los egipcios templos enteros y macizos obeliscos de ciento cincuenta pies de alto.

Le hablé entonces de nuestras gigantescas fuerzas mecánicas. Convino en que solía hacerse alguna cosilla en el particular, y me preguntó, que cómo nos hubiéramos compuesto nosotros, para colocar las impostas de los dinteles del chico palacio de Carnac.

Creí muy del caso hacer como que no entendía su pregunta, y contestéla preguntando si tenía idea de los pozos artesianos; pero él arqueó las cejas, mientras M. Gliddon me guiñaba el ojo, y decía en voz baja, que los ingenieros encargados de taladrar el terreno del gran Oasis en busca del agua acababan de descubrir uno.

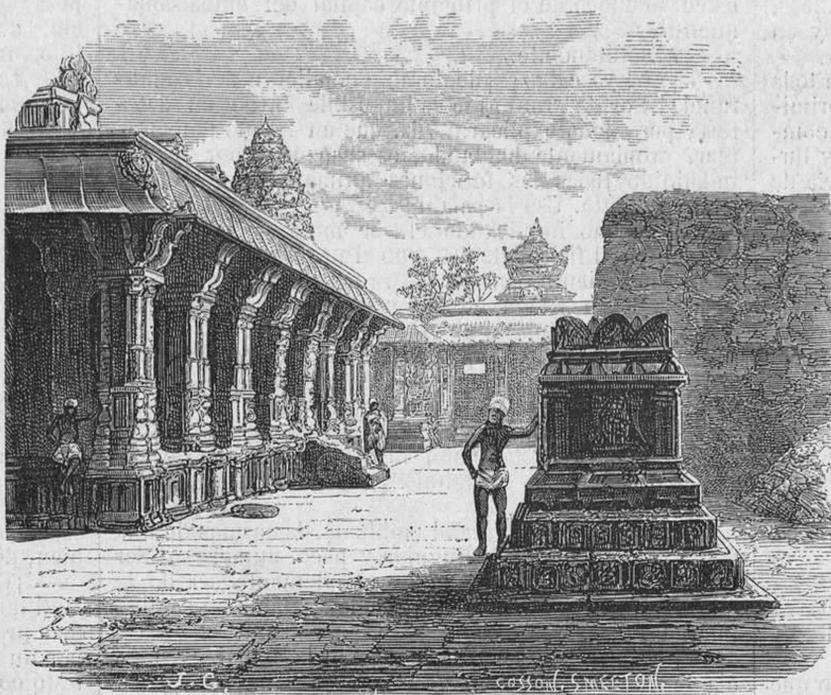
Entonces cité nuestros aceros; pero el extranjero levantó las narices y preguntóme si nuestros aceros habrían podido nunca tallar las marcadas y vigorosas esculturas que decoraban los obeliscos, ejecutadas con herramientas de cobre.

Esto, ya nos desconcertó del tal manera, que creíamos oportuno hacer una excursión á la metafísica. Mandamos por un ejemplar de una obra llamada *el Día*, y de él leímos uno ó dos capítulos de una materia no muy clara en verdad; pero que las gentes de Boston definen: *el gran movimiento ó el progreso*.

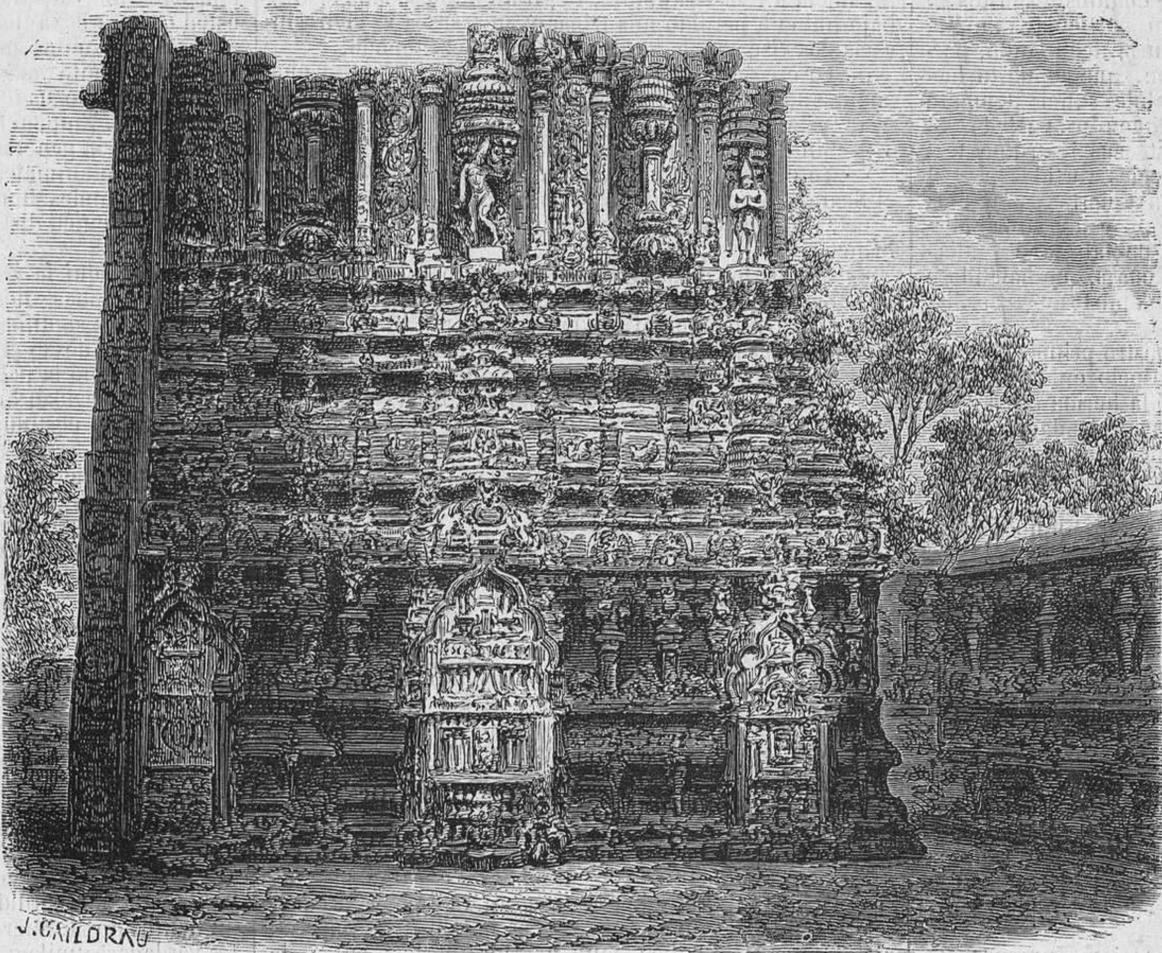
A esto nos dijo sencillamente que en su tiempo los grandes movimientos eran cosas terriblemente comunes, y que en cuanto al progreso, en su época fué una verdadera calamidad, pero jamás progreso.

Entonces hablamos de la misma belleza é importancia de la democracia, y mucho trabajamos para que él comprendiese la naturaleza positiva de las grandes ventajas de que gozábamos los que vivíamos en un país donde el sufragio era el *ad libitum*, y donde no había rey.

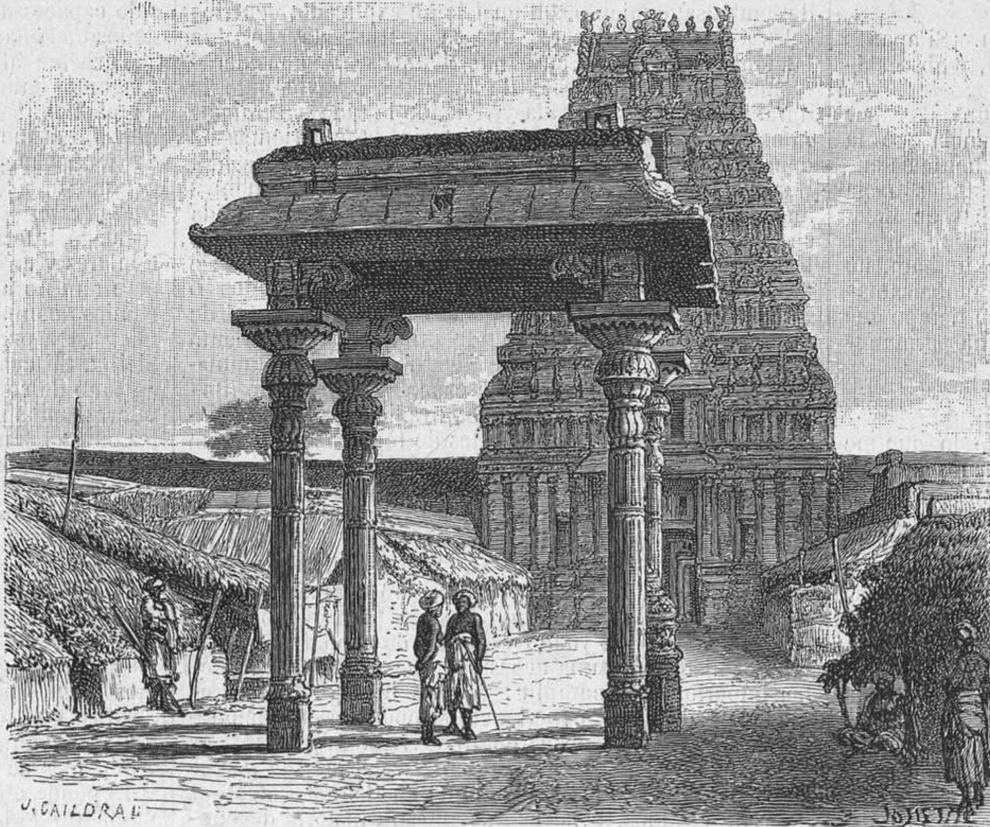
Escuchábamos con sumo interés, y hablando en plata, parecíanos que se divertía de veras. Cuando acabamos, nos dijo que algo parecido había ocurrido entre ellos, muchísimo tiempo hacia. Trece provincias egipcias resolviendo repentinamente ser libres,



MARAVILLAS DE LA ARQUITECTURA INDIA. — Choultry de la pagoda Sarputhra



Pagoda ruínosa de Sarputhra.



Mandapum y portada, en Seringham.

dando así magnífico y saludable ejemplo al resto de la humanidad. Reuniéronse sus sabios y tramaron la mas ingeniosa conspiración que imaginarse puede. Durante algun tiempo, todo iba bien; pero habia ciertas costumbres que eran prodigiosas. La cosa, sin embargo, acabó así: las trece provincias egipcias y algunas otras mas, hasta quince ó veinte, se consolidaron y formaron el mas odioso é insoportable despotismo de cuantos se haya hablado en la redondez de la tierra.

Pregunté cuál era el nombre del tirano usurpador.

Por lo que se acordó el conde, el tirano se llamaba «La Canalla.»

No sabiendo qué contestarle, según costumbre, comencé á compadecerme en alta voz de la ignorancia de los egipcios relativamente al vapor.

El conde por toda respuesta me miró con asombro; y el silencioso caballero, dándome un terrible codazo, me dijo que ya una vez me habia suficientemente comprometido, y me preguntó si de veras era tan inocente que ignoraba que la máquina de vapor moderna se originó de la invención de Hero, de paso para Salomon de Caus.

Encontrámonos en gran peligro; íbamos á ser vencidos; pero nuestra buena estrella quiso que el doctor Ponnonner, rehaciéndose, viniese á socorrernos y preguntase si la nación egipcia pretendia formalmente rivalizar con las modernas, en los artículos de tocador, tan importantes como complicados.

Al oír esta palabra lanzó el conde una mirada á las medias de su pantalon, y despues tomando por la punta una de las faldetas del frac, la estuvo examinando atentamente por algunos minutos. Al fin la dejó colgar, y abriendo la boca de oreja á oreja, no sé si lo que dijo fué, ó no una súplica.

Desde este momento recobramos nuestras perdidas fuerzas, y el doctor, aproximándose á la momia con aire de majestuosa dignidad, le suplicó con el mayor candor, que dijese bajo su palabra de caballero, si los egipcios conocieron en alguna época, la fabricación, bien de las pastillas de Ponnonner, ó bien de las píldoras de Morison.

Con ansiedad aguardábamos la respuesta, pero fué inútil. La respuesta no llegaba; el egipcio se ruborizaba y bajaba la cabeza. No hay ejemplo de mayor triunfo; jamás derrota alguna se soportó de peor gana. Mi delicadeza no me permitia prolongar por mas tiempo el espectáculo de la humillación de la pobre momia. Cogí el sombrero, saludé con cierto embarazo y me marché.

Al entrar en casa ví que eran las cuatro dadas y me acosté. Me he levantado despues de las siete, y escribo estas líneas para instrucción de mi familia y de la humanidad. A la primera ya nunca la veré. Mi mujer es una furia del averno. Es la verdad que esta en general, y el siglo XIX en particular, me dan náuseas. Estoy convencido de que todo marcha al revés. Además deseo saber quién será elegido presidente el año 2045. Por todo lo dicho, despues de afeitarme y tomar café, me voy á casa de Ponnonner á que me embalsame por un par de siglos.

Maravillas

DE LA ARQUITECTURA INDIA.

(Continuación.)

Pasemos á la tercera época, que M. T. de Ravisi designa con el nombre de antigua arquitectura india: esta vez vemos ligados juntos los materiales reunidos en una parte y otra: vemos por fin la verdadera arquitectura.

Los mas antiguos de los edificios



MARAVILLAS DE LA ARQUITECTURA INDIA. — Pilares del Mandapum en Seringham.

de ese período recuerdan los de Egipto, y tienen más de un punto de afinidad con los monumentos del Yucatan. ¿Será un efecto del acaso?

Esta analogía llamó mi atención desde luego; y entre otros monumentos que ofrecen similitud, señalaré la pagoda ruinosa de Sarpathra, y una de las fachadas del palacio de las Monjas en Chichen-Itza, en el corazón de América.

El *choultry* de la pagoda de Sarpathra parece menos antiguo, no es otra cosa que un edificio hospitalario destinado á recibir y á dar abrigo á los viajeros. Todo el mundo tiene derecho de instalarse allí y de vivir sin pagar nada. Muchos *choultrys*, aunque de construcción menos brillante, se hallan escalonados en los caminos.

¡Y luego se hablará de la hospitalidad escocesa!

En cuanto al mandapum y á la portada de Seringham, pertenecen al estilo más elegante: ese arco de triunfo es de un gusto exquisito, de una ligereza que no tienen nuestros monumentos del mismo género.

EL GRAN MANDAPUM DE SERINGHAM.

En ninguna arquitectura conozco yo nada que pueda compararse al aspecto singular y grandioso á la vez de esos caballos gigantes que se encabritan y forman cariátides.

¡Qué pilares tan magníficos!

Las esculturas cortadas en el granito son obras maestras. Nada añadido: todo está cortado en la pieza con una habilidad prodigiosa.

El pié que sostiene á cada grupo tiene por adorno dos hileras sobrepuestas de personajes; en cada pilar hay un caballo gigante que se levanta sobre sus patas traseras, como detenido más que sostenido en su empuje por hombres y por toros.

¿Qué Miguel Ángel ha creado esos extraños grupos? Bien conocía el arte el que trabajó con tanta espontaneidad el granito, como si fuera barro.

No se observan descuidos: por lo general los contornos están bien estudiados, las fisonomías ofrecen una expresión característica. Los caballos, magníficamente enjaezados, me recuerdan los corceles que dan vueltas en los circos.

El capitel se compone de pagodas piramidales de pisos sobrepuestos, y todo ello se apoya en lo restante del trozo granítico, cortado y trabajado del modo más original.

¿Qué son pues la mayor parte de nuestras cariátides, derechas y rígidas, en comparación de esos grupos animados?

Y ahora preguntaremos ¿cuál ha sido el pensamiento inspirador de la obra? ¿Por qué esa hilera de caballos gigantes? No olvidemos que nos hallamos en medio del Indostan, en el corazón de ese país en que todo se diviniza, hasta los más infimos animales.

Esas cariátides deben tener un sentido místico: sin duda aluden al *assua-meda*, ó gran sacrificio del caballo, que estaba precisamente en mucho honor en el Karnatic.

Sé que en esa fiesta matan al caballo, y que en el Mandapum no vemos otra cosa que triunfadores; pero según los ritos, llevan al caballo destinado al sacrificio con los más grandes honores hasta el recinto del *homam*; le cubren de guirnalda de flores y otros adornos; perfuman su cuerpo, le echan polvos olorosos y le purifican.

Y esta purificación tan poco necesaria, se acompaña con discursos tan absurdos como simples.

Hé aquí el texto de los discursos: «Caballo, exclama el más anciano de los brahmas, no eres más que un animal... no tienes más que cuatro patas. Como has recorrido muchos países, han debido caer sobre tí muchas manchas...»

Y entonces le arrojan un agua perfumada, una verdadera agua lustral, en todas las partes del cuerpo que se sospecha tienen impurezas...

Luego el brahma continúa su discurso con mucha formalidad:

«Caballo, ahora eres el mas distinguido de los animales. Has bajado á la tierra para hacer mi felicidad, por manera que no puedo inmolarte sin cometer un crimen. Perdóname el asesinato que preparo, pues contribuirás con tu muerte á mi eterna felicidad... Tu bondad no tiene igual... Los hombres hallarán la dicha en tu muerte...»

Antes de proceder á la inmolation, el brahma derrama algunas lágrimas sobre la cuchilla: esto es de tradicion.

El famoso sacrificio del caballo nos parece fácil de explicar: es una privacion que se imponen los indios. Veneran al hermoso animal y deploran su pérdida; pero le matan como un holocausto. No búsqemos otra interpretacion: al inmolarse al noble animal, se imponen el mas cruel de los sacrificios.

Por lo demás, el *assua-meda* no es otra cosa que un pretexto para diferentes prácticas inventadas ingeniosamente por los brahmas, maestros consumados en el arte de estimular y aguijonear la supersticion del pobre pueblo. ¡Ah! ¡qué oficio tan bueno es el de brahma! ¡Qué bien saben los brahmas atraer monedas y regalos de toda especie!

Antes del *assua-meda* es costumbre hacer la prueba de la palancana de plata.

¿Qué prueba es esta?

Echan en una palancana materias inflamables y las encienden. Si la palancana viene á rajarse (lo que sucede siempre), es un mal presagio.

Ya se pueden comprender las terribles consecuencias.

Si la palancana se rompe por el lado del Este, perecerán caballos y otros animales. Si es por el sudeste, todo lo que se posee perecerá en el fuego. Si se produce una raja por el lado del Sur, la muerte llegará pronto, etc.

Empero hay un medio infalible de preservarse de estos males, y es el de mostrarse generoso con los brahmas.

Así pues, si la palancana se rompe por el Este, hay que dar vestidos á los brahmas; si es por el sudeste, se les da arroz y manteca; si es por el Sur, vestidos negros, hierro, etc. Contra cada raja un regalo para conjurar el peligro: de este modo los brahmas no carecen de nada, y obtienen hasta quitasoles y abanicos.

Muchas otras historias podriamos contar sobre los aprovechados brahmas. En el centro de la isla Ceilan se eleva el pico de Adan, en cuya cumbre se ve estampada una huella gigantesca del pié de Rama ó de Adan: de todos los puntos de la India acuden miles de peregrinos á rendir homenaje á ese piadoso recuerdo; pero ninguno olvida el mas elemental de los deberes, que consiste en ofrecer presentes: unos depositan pedrerías, otros monedas. Llegada la noche, cada cual se retira. Al dia siguiente quieren adorar de nuevo la misteriosa huella, y entónces se asombran ante el milagro: los presentes han desaparecido: Rama, satisfecho, se lo ha llevado todo.

R. C.

La casa de Cardona,

POR VICTOR BALAGUER.

(Continuacion.)

Cuando volvemos á encontrar á la pareja, que nos ha sido imposible seguir en su coloquio amoroso, Abdala se halla ya en pié para retirarse y Amaltrudis se dispone á acompañarle.

Les vemos atravesar como antes la galería, bajar la escalera, cruzar el oscuro corredor y llegar á la poterna, donde penosamente se arranca Abdala de los brazos de su esposa para ir en busca de su caballo, y emprender la direccion del castillo de Maldá.

La noche de que hablamos, Amaltrudis, con los ojos llorosos, se quedó unos breves instantes en el umbral de la poterna, siguiendo con la vista á Abdala, que antes de desaparecer le hizo, agitando un lienzo blanco entre las sombras, una muda, pero elocuente señal.

La noble jóven, comprimido el corazon, cerró la puerta y se dispuso á retirarse á su estancia.

Habia ya dado en esta direccion algunos pasos por el lóbrego corredor cuando acertando á levantar por casualidad los ojos, arrojó repentinamente un agudo chillido y cayó la lámpara de la mano, al mismo tiempo que flaqueaban sus rodillas y la palidez de un cadáver invadía su semblante.

El hombre, porque era un hombre lo que Amaltrudis habia visto á cuatro pasos de ella al levantar los ojos, se bajó en silencio á coger la lámpara que habia rodado por el suelo, y clavando en Amaltrudis una mirada que de pálida la hizo volver lívida, hizola seña para que le siguiese.

Aquel hombre podia mandar, estaba en su derecho, era su hermano Bremundo.

Amaltrudis, á quien el terror habia helado la sangre en las venas, comprendió que su secreto estaba descubierto, que no podia resistirse, que era forzoso obedecer.

Dejó pues, caer la cabeza sobre su pecho y con paso inseguro, vacilante, siguió á su hermano.

Bremundo atravesó varias estancias del castillo y se detuvo por fin ante una puerta, cuyas dos hojas se presentaban ornadas con un verdadero lujo de esculturas. Empujó con mano firme esta puerta, que no tardó en ceder, y los dos hermanos penetraron en lo que entónces se llamaba *sala dorada* del castillo, á causa de la riqueza de dorados que brillaban por todas partes, lujo excesivo para la época y que solo se permitian los reyes y los grandes señores.

Aun existe en el dia esta sala que, después de distintas trasformaciones y de haber mudado varias veces de nombre, ha venido á parar en un salon cualquiera, sin lujo, sin riqueza, desnudo del todo, no guardando de sus bellos tiempos mas que su hermoso artesonado, que se recomienda por sí solo á los amantes del arte.

Al entrar pues en la *sala dorada*, Amaltrudis paseó la vista en torno, y sentados junto á una larga mesa, sobre la cual resplandecian dos luces, vió, severos, taciturnos y graves, á sus otros tres hermanos Eriballo, Fulco y Raimundo.

Bremundo se habia adelantado y quedándose en pié junto á la mesa, señaló sin decir nada á la jóven.

Amaltrudis, la desdichada amante, la infeliz esposa, comprendió al ver aquello, que todo estaba descubierto, que todo se sabia y que se hallaba en presencia de un consejo de familia dispuesto á juzgarla.

Sus ojos entónces se llenaron de lágrimas, su pobre corazon recibió un golpe como si tratara de partirse en pedazos, sus labios se abrieron para dejar escapar un ronco gemido, y sus piernas, doblándose involuntariamente, la hicieron caer de rodillas en mitad de la sala.

Habia concluido su papel de esposa; comenzaba su agonía de víctima.

Su corazon lo habia adivinado.

Allí estaban reunidos los miembros de su familia para juzgarla.

Bremundo, sin contar cómo lo habia sabido, sin decir cómo habia llegado á su noticia, refirió á sus tres hermanos la historia de los amores de Amaltrudis, su secreto enlace con el moro, sus nocturnas y misteriosas entrevistas.

Los tres hermanos le escucharon en silencio, graves y mudos, como estatuas sobre sus asientos.

En cuanto á la hermosa jóven, continuaba de rodillas en mitad del salon. Nadie la habia invitado á levantarse. Ninguna mano se le habia tendido. Tenia la cabeza baja, oculto el rostro entre las palmas, vertiendo de sus ojos un rio de lágrimas, que no por ser silenciosas eran menos amargas.

De los tres hombres que estaban sentados junto á la mesa, uno solo dirigia de vez en cuando los ojos hácia la infeliz mujer y parecia acariciarla con una tímida, pero elocuente mirada, llena de melancólica ternura.

Era su hermano Eriballo, un digno varon, arcediano de Gerona y obispo de Urgel, el mismo que al morir debia dejar una intachable fama de santidad.

Luego que Bremundo habia concluido de explicar los motivos por qué habia conducido á su hermana ante un consejo de familia, pasó á sentarse tras de la mesa al lado de Eriballo. Era que en él el acusador habia concluido y comenzaba el juez.

Largo rato estuvieron los cuatro hermanos hablando en voz baja y siguiendo una conversacion animada. Las opiniones se hallaban discordes. Bremundo y Fulco, que no veian mas que su honor ultrajado, que no veian mas que una mancha caída sobre su estirpe, optaban por la severidad, pero una severidad imperiosa, terrible, sin límites. Eriballo, el digno obispo, al contrario, estaba por la indulgencia; allí donde sus hermanos veian una mancha, él no veia mas que una pasion, allí donde los otros veian un deshonor que clamaba venganza, él no veia mas que un pobre corazon extraviado que pedia piedad. En cuanto á Raimundo, el hermano menor, no se apartaba del todo de la línea de conducta que querian seguir Bremundo y Fulco, pero se inclinaba tambien hácia la que proponia Eriballo. Estaba indeciso entre la voz de la sangre y la del orgullo.

Mientras tanto, la pobre víctima continuaba de rodillas en mitad de la sala, haciendo esfuerzos para retener sus sollozos, conteniéndose en los límites de su muda desesperacion, herida como del rayo por el terror, por la congoja, por la angustia.

Aguardaba resignada su sentencia.

Por fin, después de media hora, larga como todo un siglo para la infeliz, la conversacion pareció haber terminado.

En efecto, acababa de levantarse Eriballo. El obispo, viendo que no podia vencer á sus hermanos, pues que Raimundo se habia por fin adherido á la opinion de Bremundo y Fulco, se levantó para retirarse. No participaba de las ideas de rencor y de venganza que dominaban á sus hermanos, no podia pues consentir en prestar su apoyo á lo que se intentaba llevar á cabo. Eriballo hizo todo lo que podia hacer en su situacion: salirse de la sala, y al dia siguiente del castillo, para regresar á su obispado y pedir á Dios que perdonara el extravío de sus deudos.

Al atravesar el eclesiástico el ancho salon, se detuvo un momento ante Amaltrudis como para dirigirla alguna palabra de consuelo, como para abrirla quizá los brazos. Sin embargo, no se atrevió, y partió cerrando tras sí la puerta con un ruido que resonó de un modo lúgubre en la sala.

Cuatro minutos después de haber partido Eriballo, la suerte de Amaltrudis quedó decidida. Los tres hermanos no tuvieron mas que un voto.

La desgraciada mujer los vió levantarse, y encaminándose hácia ella Bremundo, tan impasible de rostro como

insensible de corazon, le hizo una nueva seña para que le siguiera.

Resignada Amaltrudis á sufrir con la posible fuerza de corazon el martirio que pluguiese á Dios imponerle para expiar su falta, si falta habia la pobre mujer cometido, se levantó como pudo y siguió á su hermano mayor el vizconde, que se encaminaba hácia una puerta colocada en un extremo de la sala.

Ahora bien, para los que conozcan la moderna topografía del castillo de Cardona, es preciso hacer saber que en la época de que hablamos existia un rústico puente de piedra que unia las habitaciones del castillo con la torre del homenaje. A este puente se penetraba por la sala dorada, por la puerta precisamente á que, seguido de Amaltrudis, se dirigia Bremundo.

Fulco y Raimundo se quedaron en la sala, volviendo la cabeza así que su hermana pasó por junto á ellos. Amaltrudis ahogó un suspiro de dolor y elevó una elocuente mirada al cielo.

El vizconde y la jóven pusieron el pié en el puente y atravesándole llegaron á la torre del homenaje.

A la derecha empezaba una tortuosa escalera que subia hasta la plataforma superior de la torre. Era allí donde Amaltrudis colocaba el farol de aviso, y enfrente se veia una puerta de hierro baja y estrecha.

Bremundo sacó una llave de su bolsillo y abrió esta puerta.

Una estancia reducida y circular, lóbrega y oscura, no recibiendo mas luz que la que penetraba por un agujero cuadrilongo cerrado por dos barras de hierro en cruz, fué lo que se presentó á la vista de la jóven. Era aquella una estancia horrible como una cárcel y triste como una tumba. Bremundo nada dijo á su hermana, la señaló con el dedo un jergon, un pedazo de pan y un jarro de agua, y le volvió la espalda. La puerta de hierro se cerró tras de él.

Amaltrudis se quedó sola en aquel sepulcro.

Sus hermanos habian decidido expiara su falta permaneciendo encerrada en la prision de la torre del homenaje todo el resto de su vida.

La infortunada jóven ya no volvió á ver jamás á sus hermanos ni á mas criatura viviente que un esclavo mudo que habia en el castillo, y que fué el encargado de llevarla cotidianamente un pan y un jarro de agua.

Abandonada de todos, olvidada del mundo entero, sin oír una voz humana, sin ver nunca mas rostro que el de su carcelero, Amaltrudis fué languideciendo y acabó por morir como una planta que ni fecundan las gotas de rocío ni alientan los besos del sol.

Sin embargo, murió todo un año: todo un año de agonía, y cuando murió, ¡pobre ángel! murió perdonando á sus hermanos.

Abdala supo lo que habia pasado la noche de su última entrevista con Amaltrudis y lo supo por un servidor del castillo que habia terciado en sus amores, y que no vaciló en aplicar aquella noche el oído á la puerta de la *sala dorada* para enterarse de lo que discutia el consejo de familia. Así pues, el doncel moro tuvo exacta noticia de la firmeza con que Eriballo habia defendido á la jóven de la severidad con que los otros hermanos la habian atacado.

Durante el año que Amaltrudis permaneció encerrada, el jóven árabe hizo en vano todos los esfuerzos imaginables para prestarle auxilio. Todas sus esperanzas quedaron fallidas, todas sus tentativas frustradas.

Abdala supo con la desesperacion del tigre, que su esposa, su dulce y casta esposa habia muerto. A esta nueva Abdala hubiera muerto tambien si no hubiese decidido vivir, pero vivir para vengarla.

Su venganza se llevó á efecto y la tradicion nos dice que fué implacable, cruel.

El moro en su venganza solo respetó á Eriballo, ya que en el consejo de familia habia elevado su voz en favor de su pobre hermana.

El primero que probó la venganza del moro, fué el hermano menor Raimundo.

Un dia que este habia salido solo á pasear por los alrededores del castillo, fué encontrado muerto al pié de un árbol en el bosque por unos vasallos del vizconde. Una saeta le habia atravesado el corazon. A su lado se halló un pergamino en que con caracteres árabes estaba escrito:

Acordaos de Amaltrudis. — Abdala se vengará.

Corria el tercer mes del año 1030, cuando le llegó su turno al vizconde Bremundo. Pero este fué asesinado en su propio castillo, en su propio lecho, sin que se encontrara rastro del asesino, sin que jamás se pudiera averiguar cómo logró penetrar hasta la habitacion del conde en el silencio de la noche y evitando los centinelas y vigilantes. Al lado del cadáver de Bremundo se halló tambien otro pergamino en el que, de la misma letra y de los mismos caracteres árabes que en el primero, se leian tambien estas palabras.

Acordaos de Amaltrudis. — Abdala se vengará.

Muerto Bremundo sin sucesion, el señorío y vizcondado de Cardona recayó entónces en el santo obispo Eriballo, que pasó á habitar el castillo, donde acabó la fábrica del templo, empezada por su hermano, y que consagró en 1040.

Durante el señorío de Eriballo, la tercera y última víctima cayó bajo el puñal implacable del vengador esposo de Amaltrudis.

Fulco fué asesinado cierta noche en una calle de Barcelona, donde habitaba con su esposa y familia. Junto al cadáver se encontró tambien el mismo pergamino que se hallara cuando la muerte de sus hermanos. Solo que esta vez las palabras variaban en parte.

Duerme en paz, Amaltrudis. — Abdala te ha vengado.

Fulco estaba casado con Guisla de San Martín, hija de Geriberto de San Martín, señor del castillo del puerto de Barcelona, y de Ermengarda, hija a su vez del conde Borrel de Barcelona.

Guisla, que amaba perdidamente a Fulco, sintió un vivo dolor por su muerte, y para honrar la memoria de su esposo, para legar un imperecedero recuerdo de Fulco a la posteridad, quiso que los dos hijos que de él había tenido adoptaran el nombre propio de su padre por apellido patronímico, transmitiéndolo así a toda su descendencia.

Hé ahí pues cómo el nombre *Fulco* pasó a ser el apellido *Folch*, y cómo de entonces en adelante todos los Cardonas se llamaron Folch de Cardona.

En efecto, la rama de Fulco había entrado a ser la principal del señorío de Cardona, por muerte de Eriballo, acaecida poco tiempo después de la de Fulco.

Luego de concluido y consagrado el templo de San Vicente, el obispo-vizconde de Cardona partió para la Palestina. Había hecho voto el santo varón, quizá para que la culpa de su hermana encontrara gracia a los ojos del Señor, de ir a pie descalzo el santo sepulcro de Jerusalén. Con esta intención había partido, pero la muerte de los justos sorprendiéndole en Narbona, le impidiera cumplir su romería.

Como Fulco había muerto, pasó entonces a ser vizconde de Cardona el hijo de este, llamado Raimundo, que es el primero a quien las crónicas dan el nombre de Folch.

Doña Guisla, su madre, fué la que gobernó el vizcondado durante la menor edad de su hijo.

Ahora, solo nos falta decir para terminar este capítulo, que desde la prisión de Amaltrudis en la torre del homenaje y su encierro allí de todo un año, esta torre perdió su nombre para el pueblo, que ya no la conoció mas que con el de *torre de la doncella* (*torre de la miñona*, en catalán), en memoria de la hermosa joven que en ella había muerto.

En el día aun conserva este nombre, y aun conserva también la lóbrega y oscura estancia donde murió Amaltrudis. El viajero puede hacerse enseñar, y no dejará de accederse a su deseo si encuentra sobre todo en el castillo un gobernador tan amable, tan atento y tan complaciente como lo fué el actual para el autor de estas líneas cuando visitó la señorial mansión de los Cardonas.

Sin duda quedaria descontento el lector si no le contáramos lo que fué de Abdala, el doncel árabe a quien su amor a Amaltrudis le impelió a la mas implacable venganza.

Tranquilícese el lector. No es aun tiempo de revelar esto. Abdala tiene que figurar todavía en nuestra historia.

VI.

UN RESCATE DE SANGRE.

Conde era de Barcelona el noble Ramon Berenguer I, a quien la historia debía dar el renombre de *Viejo*, no por su edad, pues que tenia apenas cincuenta años cuando bajó al sepulcro, sino por su magnanimidad, por su sensatez en todos los actos de su vida.

Ramon Berenguer, dándose por entero a la guerra contra los árabes, procuraba llevar a cabo el legado de sus padres, que habían comenzado esa grande lucha de la restauración que tantos nombres debía inmortalizar y tantas reputaciones engrandecer.

El conde cumplió con su misión como leal y como bueno. Es la suya de las mas bellas épocas de nuestra historia.

Entre los nobles que mas se distinguieron y mayor mérito alcanzaron a los ojos del conde, fué uno sin disputa don Ramon Folch de Cardona, el hijo mayor de aquel Fulco que hemos visto caer en una calle de Barcelona víctima del vengador puñal del esposo de Amaltrudis.

El primero en las empresas, el primero en los combates, fuerte, aguerrido, invencible, don Ramon Folch era querido de todo el ejército, que le aclamaba como a uno de sus primeros y mas hábiles capitanes.

Ramon Berenguer rompió una vez la guerra por el valle de Noguera Ribagorzana, y bien pronto cien fortalezas árabes vieron tremolar en sus domeñadas torres la bandera de los condes. Con esta guerra el conde de Barcelona ensanchó los límites de sus estados por la parte de Lérida, Tortosa y Tarragona, debiéndose a don Ramon Folch el brillo de la mayor parte de las jornadas.

La victoria parecia ir en pos del vizconde de Cardona. Jamás le había abandonado.

Sin embargo, un día llegó, día fatal para el vizconde, en que la fortuna que le protegía se descuidó un poco, y este poco bastó para que ya jamás volviera a lucir su buena estrella.

No tardaremos en hablar de este día. Ciertos sucesos reclaman antes nuestra atención.

Ramon Berenguer, todos los que han leído nuestra historia lo saben, hermanaba las empresas militares con las tareas del legislador. Era valiente en el campo, prudente en el consejo; impetuoso en el combate, previsor en el tribunal.

En su tiempo la Iglesia se veía molestada por una plaga de abusos y de males que la perjudicaban en gran modo. Así es que, piadoso y justo el conde, suplicó al papa Alejandro II, que enviase a sus tierras un legado para celebrar un concilio, el cual se congregó en Gerona

el año de 1068, presidido por el cardenal Hugo Cardido, y con asistencia del conde y de su esposa doña Almodis.

Este concilio remedió los males que aquejaban a la Iglesia dictando severas disposiciones, mas el conde procuró, como dice un cronista, que las resoluciones benéficas de esta asamblea también alcanzaran a los negocios seculares; por lo cual llamando a todos los condes y barones de Cataluña, se confirmó la paz y tregua de Dios que entonces fué prolongada desde la octava de la Pascua hasta ocho días después de Pentecostés.

Ignoramos si seria esta reunión la que haria nacer en los barones la idea de otra mas importante para la legislación catalana. En efecto, no tardamos en ver al conde congregado en su palacio a los principales individuos de la catalana nobleza, y proponerles el plan de una verdadera legislación. Muchas leyes del fuero juzgo subsistían aun, otras habían por el contrario caído en desuso, algunas no remediaban con la eficacia que se requería los abusos, y por fin los usos de los nuevos pueblos habían arraigado ciertas costumbres que poco a poco habían ido teniendo fuerza de ley.

Don Ramon Berenguer comprendió que seria un gran trabajo y una noble tarea hacer brotar una especie de código de todo aquel caos de leyes, código que atemperara las unas, robusteciera las otras y creara muchas nuevas, segun lo reclamaban nuevas costumbres.

Por esto fué que congregó a sus barones y representantes populares y compiló con su auxilio el código llamado *Usatges*, quedándole la gloria de dar el primero a la Europa el ejemplo de semejante compilación.

Ahora bien, entre los varones que le ayudaron con sus consejos, se hallaba nuestro don Ramon Folch de Cardona, que fué el primero a quien llamó, el que encabezaba la lista de los nobles legisladores. Los demás fueron Ponce el vizconde de Gerona, Uzalard el vizconde de Bas, Gombal de Besora, Miron Gilabert, Alemany de Cervelló, Bernardo Amat de Claramunt, vizconde de Tarragona, Amat Eneas, Guillermo Bernardo de Queralt, Arnaldo Miron de San Martín, Hugo Dalmau de Cervera, Guillen Dapifer, Gaufredo Bastons, Renardo Guillermo, Gilaberto Guitard, Umberto de Ses-Agudes, Guillermo March y Guillermo Borrell, juez de la corte.

Don Ramon Folch brilló entre todos estos ilustres varones por su prudencia y recto juicio, como había brillado por su valor y su decisión en los campos de batalla. El conde de Barcelona conoció, y aun una vez lo dijo así a su corte reunida, que tenia en el de Folch un tan prudente y sabio consejero, como leal y adicto capitán.

Cargado de honores y distinciones, don Ramon Folch se volvió a sus estados luego que hubieron terminado las conferencias, a esperar que de nuevo recurriese su señor a los leales servicios que pronto se hallaba a prestarle, siempre que le fueran reclamados.

De regreso en su castillo, el de Cardona se ocupó en completar la educación militar de su hijo Bermudo, joven doncel de arrogante y gallarda figura, de fuerza hercúlea y de corazón de héroe, que su padre miraba con

orgullo por creerle destinado a ser el orgullo de su raza. Padre e hijo, ejercitando la montería y la cetrería, empleaban jornadas enteras en perseguir con el venablo y el azor a las fieras y bestias pacíficas. Con esta diversion y entretenimiento alentaba el padre los bríos del hijo, y hallaba siempre medio de deslizarse en sus conversaciones sabios consejos sobre la guerra.

Una tarde de agosto en que el sol dejaba caer sus rayos como lluvia de fuego derretido, el conde caminaba en compañía de su hijo por una apartada vereda. Detrás de ellos seguía un escudero teniendo los tres caballos por la brida.

Entretenidos en la conversacion, llegaron a un sitio apacible y delicioso. Una fuente brotando de una peña dejaba escapar un límpido manantial que, después de quebrarse entre las rocas que le destrozaban con sus calcáreas puntas, iba manso y sosegado a deslizarse como una ondulante cinta de plata por el césped, acabando por perderse en el laberinto seductor de una floresta. Allí, una grata enramada, poblada de murmullos, llena de perfumes, respirando frescura, ofrecía sombra apacible y muelle descanso al fatigado viajero.

El vizconde y su hijo decidieron hacer alto en aquel sitio encantador, y dándole orden al escudero para que guardara su sueño sin moverse del pie de la fuente, se internaron en la alameda y tendiéndose bajo unos árboles, los dos caballeros se entregaron a la dulzura del descanso, mecidos por el susurro de la arboleda y arrullados por el canto de las aves.

Una hora haria poco mas ó menos que estaban entregados al mas dulce sueño, cuando despertaron sobresaltados al ruido de un extraño clamoreo y se vieron rodeados de una horda de árabes que habían puesto preso a su escudero.

Fué en vano que intentaran defenderse. Los enemigos se habían aprovechado de su sueño para quitarles todo medio de defensa.

Los prisioneros tuvieron que resignarse a su destino y seguir a los árabes, que los llevaron al castillo de Maldá.

Al llegar allí fueron sepultados en una oscura mazmorra, de donde no salieron hasta nueve días mas tarde para ser conducidos a presencia del alcaide de la fortaleza.

Era este un viejo cuyo rostro demostraba haber envejecido mas por las aflicciones que por los años, mas por el corazón que por el tiempo.

Así que el anciano moro vió a los prisioneros se estremeció, como cediendo a un movimiento involuntario, pero el vizconde de Cardona, sin reparar en ello, se adelantó y con firme acento le hizo ver la injusticia de retenerle prisionero, añadiendo que fijara su rescate pronto, que un hombre de pró como él no estaba destinado a morir como un perro en las tinieblas de una mazmorra.

Mientras hablaba, el alcaide no cesaba de mirarle con la mas escrupulosa atención, separando solo de él la vista para fijarla en su hijo, y este, mas sosegado y menos furioso que su padre, pudo observar que los ojos del moro brillaban con cierto siniestro fulgor como si se formara una tempestad terrible y amenazadora en los abismos de su alma.

Cuando el noble vizconde hubo concluido de hablar, el alcaide dejó caer su cabeza entre las manos y, después de una larga meditacion, de una tempestuosa lucha acaso, volvió a levantar su rostro demudado por la cólera y la ira, y como hablando consigo mismo, rugió, mas bien que dijo:

— ¡Rescate... rescate! ¡Sangre es lo que quiero!

En seguida hizo seña que se llevaran a los prisioneros sin hablar palabra, sin que estos hubieran oído el metal de su voz mas que para pronunciar aquellas extrañas y misteriosas palabras.

Al anochecer del día mismo en que tuviera lugar esta entrevista, las cabezas de los dos nobles rodaban por el patio del castillo.

Padre e hijo habían muerto como mil veces han demostrado que saben morir los Cardonas.

Ya nuestros lectores habrán quizá conocido al hombre que ordenó su sentencia.

Efectivamente, el alcaide, el anciano, el moro, el señor de Maldá finalmente, era nuestro antiguo conocido Abdala.

La suerte había hecho que cayeran en sus manos los dos descendientes de Fulco, de Fulco el hombre que tanto mal le había hecho, y su corazón, empedernido a fuerza de una larga vida de sufrimientos, no pudo resistir al placer de coronar su obra de venganza con un desenlace que él, ¡el impío! pensaba debía llenar de regocijo a Amaltrudis en el fondo de su tumba.

No disfrutó Abdala mucho tiempo del placer de su venganza. Los deudos y amigos de los Cardonas, sabedores de su muerte, reunieron un ejército de valientes y cayeron a los pocos días sobre el castillo de Maldá, que no pudo resistir a la decisión y al empeño con que fué atacado.

Los deudos de Cardona se apoderaron del castillo, pasaron a cuchillo la guarnición y ajusticiaron al alcaide en el mismo patio donde su venganza implacable había hecho rodar las cabezas de los dos nobles caballeros.

Con la muerte de Ramon Folch y de su hijo Bermudo quedó extinguida la línea varonil de los Cardonas.

VII.

CAIN, CAIN, ¿UBI EST FRATER TUUS ABEL?

Una hija quedaba del vizconde de Cardona, asesinado

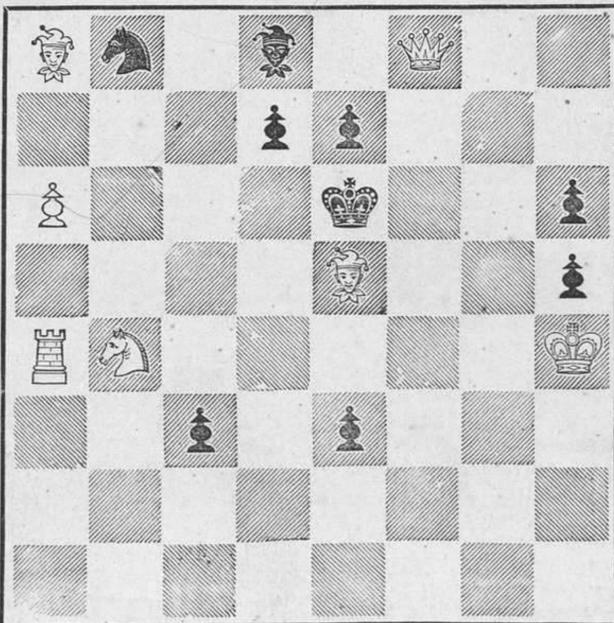
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 304.

- 1 A 6ª R C toma Rª
- 2 A jaque R juega
- 3 C 4ª A jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 305, POR M. VICTOR GORGAS.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

en Maldá. Se llamaba Ermesinda y estaba ya casada, á la muerte de su padre, con don Bernardo Amat de Claramunt, vizconde de Tarragona y señor de Tamarit.

A ella pues pasó el vizcondado de Cardona, que no tardó en ir á recaer en su hijo, llamado también Bernardo Amat de Claramunt.

Mozo era aun cuando entró á encargarse del vizcondado, pero como no le eran desconocidos los deberes sagrados que le imponía el nombre de Cardona, que era el de su madre y el que iba á perpetuar, trató de mostrarse noble y digno descendiente de aquella casa fundada por Wifredo, y siempre fiel á la sangre de Wifredo.

(Se continuará.)

El nuevo Paris.

FACHADA DEL CONSERVATORIO DE ARTES Y OFICIOS.

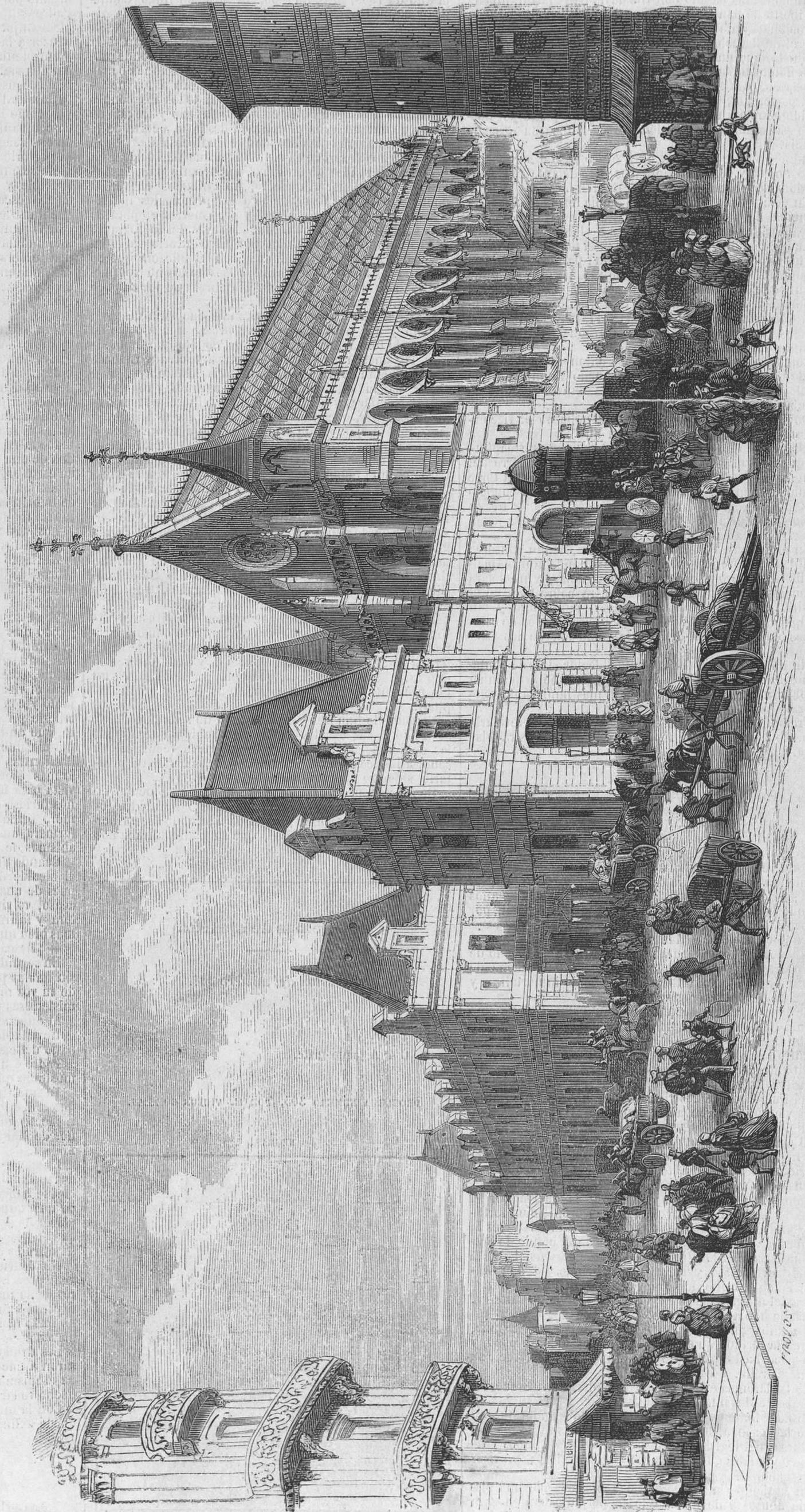
El Conservatorio de Artes y Oficios se fundó en 1794. Un decreto de la Convencion del 19 vendimiario, año III, ordenó su creacion, especificando que seria un depósito de máquinas, modelos, instrumentos, dibujos, descripciones y libros de todas las artes y oficios, «cuya construcción y empleo explicarian tres demostradores agregados al establecimiento,» y el 17 floreal año VI, el Consejo de los Quinientos afectaba á la nueva institucion los edificios del antiguo priorato de San Martin de los Campos, suprimido en 1790 y cuyo último prior fué el abad de Saint-Farre.

El Conservatorio ocupa todo lo que queda del antiguo priorato, con la iglesia, y todas estas construcciones muy deterioradas han sido objeto de una restauracion que toca á su término: su importancia se conocerá por el dibujo que publicamos. Comenzadas hace mas de veinte años, las obras se han ejecutado bajo la entendida direccion del arquitecto M. Vaudoyer.

La entrada principal del Conservatorio de Artes y Oficios cae ahora á la calle de San Martin. Un fronton triangular corona la portada. A la entrada sigue un vasto patio que tiene otra portada, muy adornada, con vestíbulo y grande escalera que conduce á las galerías del piso bajo y del piso principal. El laboratorio de tinte, cerámica y cristalería en donde profesa M. de Luynes, está en el piso bajo, donde hay también un tercer anfiteatro para los cursos de noche. En el primer piso se encuentran la sala del consejo, el laboratorio de M. Becquerel, profesor de física y el de M. Boussingault profesor de química agrícola. Sobre la calle San Martin se ha edificado otra ala que encierra la galería de los dibujos. Finalmente, la administracion se ha instalado en las construcciones de otro patio que confina con la calle de Vertbois. Por esta parte se ven aun los restos de las fortificaciones que tuvo el priorato, entre otras una torre, la única restante, con la que se ve en la esquina de la calle del Vertbois, de las veinte y una que antiguamente flanqueaban el monasterio.

Concluiremos con dos palabras sobre la iglesia y el antiguo refectorio de los monges. M. Pablo Huguet, tesorero del Conservatorio, nos dice en una interesante noticia, que el crucero de la iglesia, sumamente notable, es del tiempo de Enrique I; que el antiguo refectorio de los monges que sirve de biblioteca, monumento elegante y gracioso de arquitectura gótica, es de mediados del siglo XIII y que su construcción se atribuye á Pedro de Montereau, el célebre arquitecto de la Santa Capilla.

C. P.



EL NUEVO PARIS. — Fachada del Conservatorio de Artes y Oficios.